QUINCE AÑOS DESPUES,

ó

CAMPO Y LA CORTE,

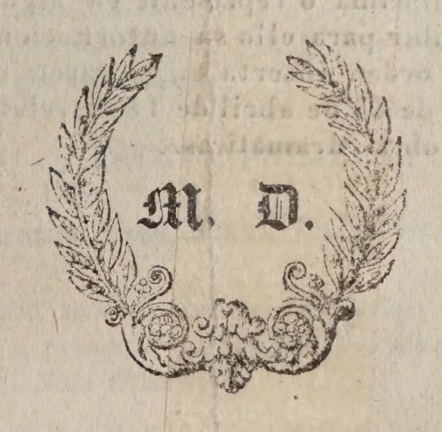
DRAMA EN TRES ACTOS,

PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PRÓLOGO.

PERSONAS.	ACTORES.
GUILLERMO BUTLER.	*D. José García Luna.*
CRISTIAN.	*D. José Castañon.*
EL CONDE DE CARLISLE. . . .	*D. Lázaro Perez.*
NICOLSON.	*D. Antonio de Guzman.*
DICKSON.	*D. José Diez.*
SARA.	*Doña Matilde Diez.*
Labradores.—Soldados.	

Una sala en la granja de Guillermo Butler, arrendatario del conde de Carlisle.—Muebles rústicos: instrumentos de labranza. Puertas laterales: cortinas que cierran la entrada de una alcoba. Gran ventana en el foro, que da al campo.

ESCENA PRIMERA.

DICKSON. LABRADORES. *Luego* NICOLSON.

(*Dickson está sentado en un banquillo: los labradores, sentados ó recostados: todos almorzando pan, queso y cerveza. Sale Nicolson.*)

Nicolson. Vamos, perezosos; hasta cuándo os estais almorzando? Ya es hora de volver al trabajo. Podeis ir sin temor; pues desde la última victoria de Cromwel, la Inglaterra respira y el labrador vive tranquilo en los campos.

Dickson. (*Aparte, dándole al comer un codazo como sin querer.*) Bicho de dos caras!

Nicolson. Ay!... Otra vez ten cuidado con tus codos... y con mis costillas. Y qué es lo que decias?

:

Dickson. Nada: digo que cuando Carlos, nuestro rey andaba por aqui, cerca de Exter, con sus valientes, y él conde de Carlisle armaba en su defensa á todos sus vasallos, ayudado de Guillermo Butler, nuestro amo, y se hacia frente á esos puritanos que Dios confunda...

Nicolson. (*Asustado.*) Quieres callar!

Dickson. Digo que entonces el señor Nicolson, como ha estudiado y es tan sábio, hablaba de otra manera, y decia que la Inglaterra abandonaba cobardemente á su legítimo rey...

Nicolson. Basta, basta!

Dickson. Y quê todos debian levantarse á defender la causa de Carlos Estuardo, que está proscripto, y que Dios conserve!—Chicos, viva Carlos II!

Todos. Viva Carlos II!

Nicolson. Chit!... estos bárbaros nos van á perder!

Dickson. Y decia...

Nicolson. Decia... decia... Pues ahora digo que asi vosotros como mi primo Guillermo debeis someteros á la suerte y respetar las autoridades constituidas, aunque no seá mas que por vuestra propia conservacion Conque no seais charlatanes y comprometais á mi buen primo Guillermo y á mi buena prima Sara, su digna esposa. Y qué habeis de hacer, miserables, contra esos treinta mil argumentos en forma de mosquetes que tiene Cromwel siempre á la mano? Vaya, dejad en paz á Carlos II, porque... (*Suena una campana.*) porque la campana os llama á trabajar.

Dickson. (*Levantándose, como tambien los demas.*) A trabajar nos vamos; pero yo diré siempre que maldigo á esos infames puritanos, que persiguen á nuestro buen señor, á nuestro bienhechor, á nuestro padre!...

Nicolson. Hablas como un loco!

Dickson. Hablo como buen ingles!... Verdad, chicos?

Los labradores. Tiene razon!...

Nicolson. No la tiene!

Los labradores. Sí, señor!... (*A las voces se abren las cortinas de la alcoba, y aparece Guillermo: su aspecto es melancólico y severo.*)

ESCENA II.

DICHOS. GUILLERMO.

Guillermo. Qué voces son estas? Asi respetais el dolor de una madre?

Dickson. Qué, señor Guillermo, la niña no se mejora?

Guillermo. Pocas esperanzas tenemos. Dios me la dió, Dios me la quita: bendigamos sus decretos. Idos, amigos, idos al trabajo. (*Todos menos Nicolson y Dickson se van en silencio. El se acerca á la alcoba y da el brazo á Sara, que sale.*) Apóyate en mí, Sara, ven y descansa: llevas tantas noches de velar al lado de su cuna!

Sara. Pobre hija mia! (*Se sienta.*)

Guillermo. Este es tiempo de prueba: dejémonos de lágrimas, y obremos con valor. Nicolson, disponte á acompañarme á Southampton, á casa del juez de paz.

Sara. Guillermo, no te separes de aqui! Mira que estoy sola: mi hija Betí, enferma; mi hijo Jorge ausente... y ausente mientras dure el mal de su hermana, por temor de que se le comunique.

Guillermo. No tengas cuidado: mi ausencia, Sara mia, será muy corta.

Nicolson. Primo, no vayas á hacer de las tuyas! no pierdas á tu familia, en cuyo número se cuenta este primo que te ama! mira que corremos peligro!

Guillermo. Eh! calla medroso! te digo que vienes conmigo á ver al juez de paz. (*A Sara.*) En una hora despachamos. Son asuntos de interes... (*A Nicolson.*) de interes tuyo.

Nicolson. (*Con fuego.*) De interes mio?

Guillermo. Sí; el protector Cromwel, ese tirano de la Inglaterra, ha juzgado á propósito recompensar á sus favoritos repartiéndoles las tierras de sus pobres súbditos, y trata de dar nuestra granja á...

Nicolson. (*Furioso.*) A quién? Cuál es el herege que osa engalanarse con los despojos del huérfano?

Guillermo. Un hombre que se cura muy poco de todos tus argumentos, y de la opinion que el mundo pueda formar de él: un hombre que me aborrece, y me abor-

rece, Sara, desde el dia en que me diste la mano de esposa.

Sara. Cristian!... ah! no pronuncies ese nombre!

Guillermo. Sí, Cristian! el fanático instrumento de su señor, su consejero, su favorito, su todo! Y un hombre tal, que el mismo Cromwel no se atreve á confiarle mando alguno, y le mantiene solo de capitan, porque le teme; pero en cambio le colma de riquezas; y eso lo prefiere el codicioso Cristian á los grados obtenidos en campaña.

Nicolson. Quitarnos la granja! Esa es una picardia, una infamia del señor Cromwel!

Dickson. Hola!... Ya no os parece tan bueno el señor protector!...

Nicolson. Si te sucediera á tí, proletario estúpido...

Guillermo. Vamos, primo, ten confianza, y prepárate á venir conmigo.

Nicolson. Voy, voy á tomar el sombrero, y un bocado... (*Aparte.*) Pobre de mí! si tendré que ponerme otra vez á maestro de escuela!

ESCENA III.

SARA. DICKSON. GUILLERMO.

Guillermo. Dickson, corre al momento al castillo: el señor conde, para librarse de sus enemigos, ha hecho esparcir la noticia de su fuga; pero alli habrá dejado alguna orden para mí. Anda, y vuelve pronto.

Dickson. Como no me suceda alguna desgracia, pronto volveré.

ESCENA IV.

SARA. GUILLERMO.

Sara. Es posible, Guillermo, que te espongas de esta manera?

Guillermo. Y qué! aprobarias tú, Sara, qne abandonase á nuestro bienhechor?

Sara. Pero no ves que pones en peligro tu vida? No sa-

bes que tus pasos han infundido sospechas, y que espian hasta tus pensamientos!

Guillermo. Sea cual fuere el riesgo que corra, Guillermo Butler no faltará jamás al llamamiento del conde de Carlisle.

Sara. Pero quizá en vez de serle útil, comprometas su seguridad y aun su vida.

Guillermo. Anoche al separarnos, me dijo: hasta mañana. Señal es esto de que me necesita, y mi obligacion es seguirlo y morir á su lado.—Abrázame, Sara, y Dios me guie.

Sara. Ah! no te vayas, Guillermo!

Guillermo. Sara! has olvidado lo que el conde de Carlisle hizo un dia por nosotros? Yo te lo recordaré.—Cinco años hace que Guillermo Butler, recien desposado con Sara, se paseaba por el campo, á media legua de esta granja, cuando su esposa dió un grito porque vió de repente á su lado un hombre que la insultaba, un miserable que habia sido despreciado por ella, y la perseguia sin cesar.

Sara. Ah!

Guillermo. Indignado Guillermo se arrojó sobre el insolente y le hirió: la herida se creyó mortal, y el esposo, acusado de homicidio tuvo que huir, abandonando á una esposa que amaba mas que á su vida! A pocos meses un tribunal le condenó á muerte.— Esto hizo Guillermo: oye ahora lo que hizo el conde de Carlisle. En Lóndres estaba cuando supo lo que habia ocurrido en sus estados: vino á Southampton, logró con su influjo que se anulase la sentencia y se viese de nuevo la causa: llamó al proscripto, y le dijo: «no temas: has obrado como hombre de honor: sígueme: quiero salvarte!»—El tribunal vió la causa, y el dia de la sentencia, el conde de Carlisle, par de Inglaterra, se sentó junto al reo en el banco de los acusados: le defendió, y el reo fue absuelto y restituido á sus hogares. Te acuerdas de esto, Sara?

Sara. Ah! bien me acuerdo!

Guillermo. Te acordarás tambien que la esposa de Guillermo, echándose á los pies del conde, le dijo: «Milord, os debemos mas que la vida; os debemos el honor!» Te acuerdas?

Sara. Bien me acuerdo.

Guillermo. El conde la alzó del suelo, dió la mano á Guillermo, y le dijo: una granja tengo que debe prosperar en vuestras manos: id á habitarla.

Sara. Entonces me arrojé de nuevo á sus pies, y esclamé: milord, ni con la vida podremos pagaros! Ah! bien me acuerdo, Guillermo, bien me acuerdo!

Guillermo. Pues ahora sabe que aquel vil que yo creí haber muerto, es Cristian!... y Cristian desde aquel suceso es enemigo mortal del conde de Carlisle, como lo era antes de Guillermo Butler. Ya lo sabes todo: me dejarás marchar?

Sara. (*Con entereza, abrazándolo.*) A Dios, Guillermo!

Nicolson. (*Sale con sombrero y capa.*) Ya estoy dispuesto, primo: vamos.

Guillermo. Dickson tarda mucho! pero no podemos detenernos: pasaré yo mismo por el castillo. A Dios, Sara: no estés con inquietud.

Sara. (*Acompañándole.*) Volverás pronto?

Guillermo. Sí, muy pronto. (*A Nicolson.*) Vamos, Nicolson.

ESCENA V.

SARA.

Dios quiera que no se encuentre con ese malvado, cuyo nombre solo me hiela de terror! Es en vano cuanto intente para contener á Guillermo. Qué suerte me has deparado, Dios mio! Mi esposo, mi hija, mi Jorge... á cada paso tiemblo por alguno de los tres. Y mi pobre Jorge estará libre de todo riesgo?... Hijo de mi vida! Si estará. En otro caso ya me lo hubiera advertido Wilkins, á cuya amistad lo hemos confiado. Pero mi Betí, mi hija!... apenas ha entrado en la vida y ya la muerte la amenaza en la cuna. No os la lleveis, Dios mio! Compadeceos del llanto de una madre! (*Dirijese á la alcoba. Sale Dickson.*)

ESCENA VI.

SARA. DICKSON.

Dickson. Ay, señora!
Sara. Qué traes?
Dickson. Somos perdidos!
Sara. Cómo? habla!
Dickson. Los soldados recorren estos campos, mandados por Cristian.
Sara. Cristian!
Dickson. Han allanado el castillo del conde de Carlisle, y lo han saqueado, bajo pretesto de apoderarse de milord, que segun dicen ha huido. Yo traté de salvar á su hija Clara; pero desde esta mañana ha desaparecido tambien la pobre niña, y nadie sabe de ella.
Sara. Ah! criatura inocente!... por qué no me la entregaria el conde?
Dickson. Si el señor Guillermo lo llega á saber, es capáz de provocar á Cristian. Cómo se lo ocultariamos?... (*Abrese una puerta lateral, y aparece el conde pálido y azorado.*
Sara. (*Volviéndose asustada.*) Ay! (*Viéndole.*) Cielos!... Milord!
Dickson. (*Con voz apagada.*) El conde!

ESCENA VII.

SARA. EL CONDE. DICKSON.

Conde. Sois vos Sara?... Ah! bajad la voz.
Sara. (*Aparte.*) Qué pálido viene!
Conde. (*Escuchando á la puerta.*) Ya no los oigo! han perdido mis huellas. Sara, estoy aquí seguro?
Dickson. Yo estaré en acecho, señor conde, no tengais cuidado. (*Pónese á la puerta.*)
Sara. Qué es esto, milord? os han descubierto?
Conde. Sí: han averiguado el parage donde estaba oculto.
Sara. Y os han perseguido?
Conde. Pero he logrado que me pierdan de vista, y huyendo sin saber por dónde, me he entrado aqui: Dios

ha dispuesto que haya dado con el hogar de un amigo!

Sara. Sí, milord, de un amigo!

Dickson. (*Llegando.*) Soldados, soldados!

Conde. Soy perdido!

Sara. No nos aturdamos. Señor conde, entrad en esa alcoba, ocultaos detrás de la cuna de mi hija... Creo que respetarán el dolor de una madre. (*Le hace entrar, y echa las cortinas.*)

Dickson. (*Que ha vuelto á escuchar por la puerta.*) Se dirigen hácia aquí!

Sara. Silencio; siéntate junto á esa mesa. (*Dickson se pone á arreglar las cosas de la mesa. Sara toma la labor y se sienta á coser. Cristian y sus soldados abren de golpe la puerta y salen con desenfado.*)

ESCENA VIII.

SARA. DICKSON. CRISTIAN. SOLDADOS.

Cristian. (*Acercándose á Sara.*) Vamos, otro dia coserás. Arriba, y sácanos algo de comer y de beber, porque estamos desfallecidos y cansados... Digo; dos horas llevamos de recorrer todas las avenidas del castillo de Carlisle, dando caza al lobo y á la lobita que se nos han escapado.

Sara. (*Aparte.*) Gran Dios!

Dickson. (*Aparte.*) Bribones!

Cristian. Ah! y á propósito! Dicen que tu marido se queja de que el Protector, en premio de mis servicios, me haya adjudicado estas tierras, y que trata de reclamar. Si se atreve á hacerlo!.. Ha olvidado ya que tengo justos motivos de odiarlo... tanto á él como á tí?

Un soldado. Comamos primero, capitan, y luego la esplicaremos eso.

Sara. (*Aparte.*) Yo tiemblo!—No creais esas voces: os han engañado sin duda.

Cristian. Me alegraria, por él. (*Dando con la espada en la mesa.*) Pero vamos, dónde está? Díle que venga, que quiero hablarle.

Sara. Está ausente. Pero os ruego que no deis voces: tengo á mi niña muy mala.

El soldado. Corriente; pero venga de comer y de beber.

Cristian. Y pronto, porque nos falta tiempo: tenemos que continuar las pesquisas. (*A Dickson.*) Tú, holgazan, arrima sillas.

Dickson. (*Aparte, mirándolo con rabia.*) Holgazan! (*Sara le da en el brazo con disimulo, haciéndole que las acerque, lo cual hace él de mala gana, y los demás se sientan.*)

Sara. Ya estais servidos.

El soldado. (*Alargando un vaso á Dickson.*) Vamos, pelgar, dame de beber. (*Dickson le arranca el vaso y le estrella en el suelo.*)

Sara. (*Asustada.*) Dickson! (*Los soldados se levantan coléricos.*)

Cristian. (*Sentado.*) Quietos! El insulto de un miserable asi no merece atencion. (*A Sara.*) Y es esto todo lo que nos das?

Sara. No tengo otra cosa.

Cristian. (*Levantándose.*) Ahora lo veremos.

El soldado. Y como encontremos provisiones..... (*Registrándolo todo.*) Pues no hay nada!

Cristian. (*Dirigiéndose á la alcoba.*) A ver por aquí...

Sara. (*Aparte.*) Dios eterno! (*Impidiéndole el paso.*) No entreis, no entreis... En esa alcoba está mi hija moribunda!

Cristian. (*Descorriendo las cortinas.*) Ahi está en là cuna.

Sara. Quereis matarla! (*Cristian y los soldados se apartan: Sara echa las cortinas.*)

Cristian. Ea, aqui perdemos tiempo: un trago de esta infame cerveza, y vamos dando caza al conde de Carlisle. El cabo Harper, que ha llegado estos dias, anda en su persecucion; pero no conoce bien este pais. (*Bebe y tira el pote.*)

El soldado. Andando.

Cristian. (*A Sara.*) No me despido: díle á tu marido que mire lo que hace y lo que habla; porque el palo está levantado sobre él. Chicos, vamos andando.

Los soldados. Andando. (*Tiran los vasos y derrivan las sillas.*)

ESCENA IX.

DICHOS. GUILLERMO. NICOLSON.

Guillermo. (*Parándose á la puerta.*) Cristian!

Nicolson. (*Que ha entrado delante con resolucion y ha llegado hasta mitad de la escena, retrocede de un brinco y va á guarecerse detrás de Guillermo.*) Santa Bárbara!

Cristian. Aqui está justamente. Me alegro.

Sara. (*Corriendo al lado de Guillermo.*) Por Dios, que te contengas!

Guillermo. (*Mirando en derredor.*) Qué desórden es este? Qué ha pasado aquí durante mi ausencia? Qué venís á buscar á mi granja?

Cristian. Y de cuándo acá tienes tú facultades para interrogarnos?

Sara. (*A Guillermo.*) Guillermo!

Nicolson. No tengo una gota de sangre en las venas!

Guillermo. De cuándo acá? Desde que me sucede no poder salir una vez sin hallar á mi vuelta aterrada á mi esposa y destrozada mi casa. No os basta haber allanado y robado el castillo de Carlisle, y andar persiguiendo como si fuesen fieras al conde y á su tierna hija, sino que tambien venís á robar la casa del pobre? Pero yo juro que mientras viva no tocareis en mi presencia ni á un cabello del conde!

Cristian. Lo dices con ese tono! Pues bien: en nombre del Protector, dáte á prision. (*Hace seña á los soldados, los cuales se acercan á Guillermo.*)

Sara. Ah! mi esposo!

Nicolson. Mi primo!

Guillermo. (*Conteniéndolos y llegándose á la ventana.*) Alto ahí, cobardes! (*Gritando.*) Muchachos, acá! (*Una multitud de labradores, armados con hoces, chuzos y otros instrumentos ofensivos, se precipitan por la ventana y la puerta, y se arrojan sobre los soldados.*)

Los labradores. Mueran!

Guillermo. Deteneos, amigos. Al llamaros solo he querido probarles que estamos resueltos á rechazar la violencia con la violencia. (*A Cristian.*) Ahora... salid de mi casa: yo lo mando!

Sara. Te vas á perder!
Nicolson. (*Saliendo de su escondite.*) Hemos vencido!
Cristian. (*Aparte á sus soldados.*) Las fuerzas son superiores: ya tomaremos el desquite.
Guillermo. Salid!
Cristian. Señor Guillermo!... nos veremos, y pronto. (*Se van: los labradores los amenazan.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, *menos* CRISTIAN *y* LOS SOLDADOS.

Sara. Desgraciado! qué has hecho?
Guillermo. (*A los labradores.*) Gracias, amigos, por el auxilio: no esperaba menos de vosotros. Ya podeis volver al trabajo.
Dickson. Y siempre que haya necesidad, ya sabeis que estamos prontos á vuestras órdenes.
Guillermo. (*Dándoles la mano.*) Gracias, hijos, gracias... (*Se van los labradores.*) Nicolson, anda á hacer lo que te he dicho. (*Vase Nicolson.*)

ESCENA XI.

GUILLERMO. SARA. *Luego* EL CONDE.

Guillermo. (*Haciendo sentar á Sara.*) Oye, Sara, lo que voy á decirte, y muéstrate, como siempre, resignada á la voluntad de Dios.
Sara. Qué otro infortunio me vas á anunciar?
Guillermo. Sara, ya no podemos hacernos ilusiones: nuestros partidarios estan vencidos: Cromwel ha triunfado. Los peligros que me cercan son grandes, y de un momento á otro puedo sucumbir en esta lucha desigual. Pero como sé positivamente que mi muerte no aplacará el odio de Cristian, y que el puñal de ese infame estará siempre alzado sobre todos los que lleven el nombre de Butler, te encargo que si muero...
Sara. Qué hablas de morir?
Guillermo. Si muero, te encargo por tu propia seguridad y la de mis hijos, que dejes este nombre fatal y tomes el de tu padre, el nombre de Wilson, que yo

uní al mio con tanto amor y tantas esperanzas. Te mando, ademas, que abandones este pais...

Sara. Guillermo! qué horribles presentimientos!...

Guillermo. No es decir que llegue este caso; pero siendo posible, quiero tener el consuelo de saber al morir que mi esposa y mis hijos quedan á cubierto de la persecucion de sus enemigos. Sara, hazme este juramento!

Sara. Ah! me oprimes el corazon!

Guillermo. Sara... te lo suplico!

Sara. Y qué puedo yo negarte!

Guillermo. (*Tomándola la mano.*) Bien! ya estoy tranquilo. Ahora voy á buscar al conde de Carlisle...

Conde. (*Saliendo.*) Aqui le tienes.

Guillermo. Milord! pues cómo?...

Conde. Tu muger te lo dirá.

Sara. Aguardaba á que se alejasen los soldados... y luego tus palabras me hicieron olvidar el decírtelo...

Guillermo. Y vuestra hija?

Conde. De ella vengo á hablaros: escuchad. Mi cabeza está pregonada, y no sé si podré librarla de la venganza de mis enemigos: no sé tampoco dónde estaré mañana... donde estaré dentro de una hora. Obligado á huir, caminando de noche, ocultándome de dia, falto de auxilios, el porvenir se me presenta horroroso! Ya conoceis que yo no puedo llevar conmigo á mi hija. El conde de Dudley y su hijo tambien estan proscriptos... En fin, no tengo á quien confiarla mas que á vosotros.

Guillermo. Ah, Milord! os damos gracias por la honra que nos haceis.

Sara. Si Dios se lleva á los cielos á mi pobre Betí, que es un golpe, milord, á que ya estoy preparada y tengo por irremediable, yo os juro que vuestra hija la reemplazará á nuestro lado, y todo mi cariño maternal se dividirá entre ella y mi amado Jorge.

Guillermo. Ya lo oís, milord.

Conde. Oh, amigos mios! Dios recompense vuestro sacrificio! No es el conde de Carlisle, es vuestro compañero de armas, es vuestro hermano quien acepta esa palabra como prenda de eterna gratitud! Sí, haced que mi Clara pase por hija vuestra, y libradla así de la venganza de Cromwel, que no la perdonaria si supiese de qué padre habia nacido.

Sara. Yo seré su madre, milord, hasta que vos me la reclameis.

Conde. Si me libro de la muerte, ireis á buscarme á donde esté refugiado, y allí viviremos juntos. Hasta tanto acordaos que os confio mas que mi vida.

Sara. Yo la amaré como á mis hijos.

Conde. (*Dándola un papel.*) Y si muero, y algun dia el hijo de Carlos I sube al trono de sus mayores, tomad, Sara; aqui os entrego la partida de nacimiento de mi hija: ireis á ver al rey, y se la entregareis.

Sara. (*Tomándole.*) Este documento os juro que no se apartará de mí.

Conde. Pues bien; ahora, id vos, Sara, á la cabaña de Smith, porque Guillermo despertaria sospechas, id y recoged á mi hija, que allí está.

Sara. Voy corriendo, milord, y la llevaré al lado de Jorge, que está en parage seguro.

Conde. (*Besándola la mano.*) Ah! sois un ángel del cielo!

Guillermo. (*Abrazándola.*) Abrázame, Sara... y Dios vaya contigo!

ESCENA XII.

DICHOS. DICKSON.

Dickson. Huid! Los soldados han entrado á saco el castillo del señor conde: en vano hemos querido defenderlo contra el fuego mortífero que nos hacian. Todo lo estan talando... y yo he venido corriendo á avisaros que se dirijen aqui con Cristian á la cabeza.

Sara. Y mi hijo?

Dickson. En la cabaña de Wilkins: no temais por él.

Sara. Milord, es preciso ocultaros.

Guillermo. Es preciso huir. (*Ruido de soldados dentro.*)

Sara. Ya estan ahí!

Guillermo. Es imposible salir! — Sara, cierra bien la puerta.

Sara. (*Echando el cerrojo.*) Por aqui no han de entrar. (*Queda apoyada á la puerta con su cuerpo.*)

Guillermo. Milord, saltemos por la ventana antes que logren penetrar en esta sala.

Cristian. (*Golpeando la puerta*, *dentro.*) En nombre del protector, abrid! (*Continuan los golpes.*)

Conde. Déjame, Guillermo; estoy resuelto á entregarme en manos de la suerte: las fuerzas me abandonan!

Guillermo. Qué decís?... No desmayemos: yo estoy á vuestro lado, y os salvaré... ó moriremos juntos como soldados.

Conde. No: quedémonos, y muramos como mártires!

Guillermo. Milord, aun podemos salvarnos!... Acordaos que teneis una hija!

Conde. Oh, Clara!... Clara!

Sara. (*Viendo que la puerta cede.*) Dios mio!

Dickson. (*Que tambien está apoyado contra la puerta.*) Huid pronto!... mirad que la puerta cede!

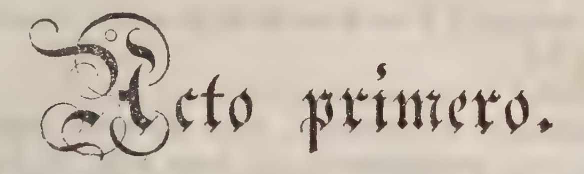
Guillermo. (*Llevándose al conde, y abriendo la ventana.*) Vamos, milord... saltad conmigo! (*Le da la mano y suben al antepecho.—En este instante cae la puerta, y salen Cristian y soldados. Sara y Dickson se agarran á él para detenerlo; pero los soldados los arrastran en su salida.*)

Cristian. (*Viendo á Guillermo y al conde saltar por la ventana.*) Allí van los dos!—Muchachos, fuego! (*Corre con los soldados á la ventana.*)

Sara. Ah! bárbaros, no los mateis!... (*Les hacen fuego por la ventana.*)

Sara. (*Que ha llegado deteniéndolos hasta la ventana, da un grito y cae de rodillas.*) Ah!... Dios mio! piedad de esta pobre viuda!

FIN DEL PRÓLOGO.



Acto primero.

PERSONAS.	ACTORES.
SARA.	*Doña Matilde Diez.*
CLARA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
JORGE BUTLER.	*D. Julian Romea.*
NICOLSON.	*D. Antonio de Guzman.*
LORD DUDLEY.	*D. Florencio Romea.*
HARPER.	*D. Pedro Sobrado.*
THOMPSON.	*D. José Castañon.*
DICKSON.	*D. José Diez.*
EL SHERIF.	*D. Lorenzo Ucelay.*

Constables, estudiantes, caballeros, damas, pages, soldados, pueblo &c.

Una sala abierta en el foro y dando á un vestíbulo. Puertas laterales. A la izquierda una mesa con libros y papeles: á su lado un caballete con encerado. Floretes, guantes, caretas, colgados de la pared.

ESCENA PRIMERA.

JORGE. HARPER. ESTUDIANTES.

(*Al levantarse el telon se presenta un cuadro animado: unos tirando el asalto: Harper dando leccion de florete á otro: Jorge y los demas al rededor de una mesa, bebiendo cerveza y brindando.*)

Jorge. Y por último, camaradas, juremos que los bravos estudiantes permanecerán siempre unidos por los lazos de la fraternidad; y, sin dejar de respetar las leyes, se

ayudarán mútuamente contra cualquier ataque injusto.

Todos. Lo juramos!

Jorge. Corriente! Pues viva la Inglaterra, y nuestro rey Carlos II!

Todos. Viva!

Un estudiante. Camaradas, otro brindis, que vais á recibir con entusiasmo.—Al buen hijo, al buen hermano, al digno amigo! al que por su carácter noble, por su lealtad y por su talento ha merecido ser el primero de nosotros: á nuestro joven y valiente gefe!

Todos. Viva!

Otro estudiante. Que reciba este brindis como prenda de nuestra estimacion y cariño; y el grito que nos arranca, como un nuevo juramento de estar siempre prontos, asi en la prosperidad como en la desgracia, á obedecer al que nunca nos ha cerrado ni los brazos ni el bolsillo.

El estudiante 1.º En fin, á Jorge Wilson, honor de los estudiantes de Londres.

Todos. A Jorge Wilson! (*Jorge les toma y estrecha la mano.*)

Harper. (*Aparte.*) Tenia razon el capitan: sin este no podemos hacer nada; y teniéndolo á él tenemos á toda la juventud de Londres.

Jorge. Amigos, no puedo hablar de gozo!... Unidos siempre, en vida y en muerte!... no digo mas.

Todos. Siempre! (*Beben con entusiasmo.*)

Harper. La escena es patética sin duda; pero ya sabeis, amigos, que tengo el tiempo tasado. Vamos, Jorge, quereis tirar el asalto con alguno?

Todos. Conmigo! conmigo!

Jorge. Corriente. Contigo, Daniel. (*Ambos toman floretes, guantes y caretas y se ponen en guardia. Todos hacen corro.—A poco, Jorge le hace saltar el florete de la mano.*) Eres poca cosa! (*A otro.*) A ver tú, Eduardo. (*Otro se pone en guardia, y en el instante queda desarmado.*) Aun eres tú mas flojo. (*Todos aplauden.*)

Harper. Admirable!

Jorge. (*Bajando el florete.*) Me juzgais en estado de batirme con cualquiera que venga?

Harper. Con el primer tirador de Inglaterra.

Jorge. (*Aparte.*) Hermana mia!... nadie te ultrajará impunemente!

ESCENA II.

DICHOS. NICOLSON. CLARA.

(*Todos la saludan con respeto: Nicolson trae lapicero y papeles.*)

Clara. (*A Jorge, que se acerca.*) Buenos dias, hermano.

Nicolson. Saludo á toda la reunion.

Harper. (*Aparte.*) Ya viene el viejo charlatan!

Jorge. Hermana, metemos aqui un ruido que acaso te aturdirá.

Clara. Y qué quieres, si es parte de la leccion?

Nicolson. Pero ya creo que ha concluido por hoy?

Harper. La leccion general sí; pero tengo que darle una particular. (*Aparte.*) A ver si se marchan.

El estudiante. Pues te dejamos, Jorge: adios.

Jorge. Hasta la vista, camaradas.

Otro estudiante. Y no olvides que tienes tantos amigos verdaderos como jóvenes leales y generosos hay en Londres. (*Jorge los despide, dándoles la mano y acompañándolos.*)

ESCENA III.

JORGE. HARPER. NICOLSON. CLARA.

Jorge. Ea, vamos á la leccion particular.—Clara... Nicolson... un poquito de paciencia!

Harper. (*Aparte.*) Quisiera que se marchase la niña y el viejo para hablar á solas con este.—Descansemos un poco: debeis estar fatigado.

Nicolson. (*Sentándose junto á la mesa, á Clara, que hace labor.*) Veamos nosotros.—Problema: si la granja que me robó aquel bribon de Cristian, (*Harper al oir este nombre se sorprende.*) por orden de Cromwel, me fuese devuelta por S. M. Carlos II que acaba de su-

bir al trono de sus mayores, mandando que me abonasen ademas los intereses de los intereses, como me dan lugar á esperarlo las promesas del amabilísimo lord Dudley... (*Al nombre de Dudley, Jorge que estaba tranquilamente sentado se levanta de repente. Nicolson escribe números en el encerado.*)

Harper. (*Aparte observándolo y sonriendo.*) No me engañaba en mis conjeturas!

Jorge. (*Aparte.*) Dudley!

Clara. (*Acercándose á Jorge.*) Qué es eso?... qué tienes, hermano?

Jorge. (*Pasándose la mano por la frente, y desviando á Clara con dulzura.*) Nada... nada...

Harper. (*Aparte.*) Ese nombre le exalta!... Por ahí debemos manejarlo, y es nuestro!

Jorge. (*A Harper.*) Vamos, maestro, vamos, cuando gusteis.

Harper. Andando.

Clara. (*Volviéndose á su sitio.*) Ay! bien hace mamá en detestar estos juegos. (*Jorge y Harper toman los floretes y demas avíos.*)

Nicolson. Con que, sobrinita, aqui está planteada la cuenta: veamos. (*Haciendo números en el encerado.*) Ciento cincuenta y ochenta... Sumemos.—Cero: pongo cero. Ocho y cinco son... (*Sigue calculando en voz baja. Jorge y Harper, despues del saludo de costumbre, caen en guardia con gran ruido.*)

Nicolson. (*Tapándose los oidos.*) Tres veces nueve son treinta y siete...

Clara. Veinte y siete, tio!

Nicolson. Pongo cero, y llevo nueve... No sé lo que hago ni lo que digo... Maldito sea el que inventó los floretes...

Harper. Señor maestro, no hay que maldecir!

Nicolson. Señor espadachin, no nos hundais el piso de la sala! (*Aparte.*) Animal!

Harper. Está bien. (*A Jorge.*) En guardia! lo habeis entendido?

Jorge. Perfectamente.

Harper. (*Trayéndosele á un lado.*) Pues habeis de saber que uno de los maestros mas consumados en el arte, el capitan Tompson, antiguo partidario de Cromwel,

acaba de llegar secretamente á Londres. Quereis que os le presente?

Jorge. Cómo! yo habia de recibir aqui, en casa de mi madre, á un enemigo del rey?

Harper. Para tirar á las armas, y nada mas; eso qué importa? Es el brazo mas temible que hay en Inglaterra! mas que Rochester y que Sommerville... y mas que ese joven favorito de Carlos II, que segun dicen trata de hacer la conquista de una joven preciosa...

Jorge. Qué estás diciendo, miserable!

Harper. El seductor lord Dudley...

Jorge. Dudley! (*Furioso.*)

Nicolson y Clara. Qué es eso?

Harper. (*Aparte.*) Bien!... ya está fuera de sí.

Jorge. (*A Clara.*) Déjame, Clara.

Harper. Thompson es quien me ha enseñado esa nueva estocada que os he hecho ver, y con la cual estais seguro de matar al que os incomode.

Clara. Matar! á quién?

Jorge. (*A Harper, fuera de sí.*) A ver... á ver!... en guardia!

Harper. Ya estoy.—Venga! (*Por indicacion de Harper, Jorge le da una estocada tan violenta, que le desarma y derriba en tierra.*)

Clara. (*Aterrada.*) Ay!

Nicolson. Lo mató!... Poco se ha perdido.

Harper. (*Levantándose.*) Me gusta la oracion fúnebre, señor maestro! (*Tirándole estocadas lijeras que él para como puede.*) Aun estoy vivo... y dispuesto... á cortaros las dos orejas...

Nicolson. Vamos... basta de broma!

Harper. (*A Jorge.*) Lo que es vos, ya no me necesitais: sois maestro. (*Sonriendo.*) Pero aunque no me hubiérais tirado tan á fondo...

Jorge. (*Ciego todavia.*) Se me figuró que el... (*Harper le da en el brazo.*) que un enemigo estaba delante. (*Se sientan: Nicolson y Clara se le acercan.*)

Nicolson. (*Tomándole el florete.*) Dame esta arma terrible, y quiera Dios que no te ocurra volver á descolgarla!

Clara. (*Limpiándole el sudor.*) Miren qué diabólico ejercicio!... Está bañado en sudor!

Harper. (*Aparte.*) Pues señor, estos no quieren dejarnos solos. (*Dirigiéndose á Nicolson que lleva el florete al hombro, cogido por el boton, y va á colgarlo.*) Escuchad: poco hace que me habeis hablado en tono muy estraño, señor dómine!

Nicolson. Qué es eso de dómine!

Harper. A ver si me parais este. (*Le da un botonazo.*)

Nicolson. (*Parando con la mano.*) Vamos... vamos... Juegos de manos...

Harper. Juegos de villanos, eh?... Pues vaya este otro. (*Le da otro.*)

Nicolson. (*Corriendo alrededor de la mesa.*) Eh! quieto!... vamos!... qué es esto, señor!

Harper. Qué ligero es de pies!—Otra!

Nicolson. (*No pudiendo parar.*) Socorro! socorro!... al asesino!

Jorge. (*Volviendo en sí.*) Quién grita?... qué es eso?

Nicolson. (*Exasperado, tirando al suelo el florete.*) Esto es que ya no hay aguante! Tú puedes dar leccion con él cuando te dé la gana; pero mientras él venga aquí, no me verás nunca á tu lado.

Clara. Pero, tio...

Nicolson. No oigo nada! (*Se va.*)

Clara. Voy á contentarlo.—Señor Harper, habeis hecho mal!

ESCENA IV.

JORGE. HARPER.

Jorge. (*Alzando el florete y colgándolo.*) Ya oís, Harper, mi hermana dice que habeis hecho mal.

Harper. Es que yo tenia que hablaros á solas: el señor Nicolson no se iba, y he empleado ese medio para echarlo de aquí.

Jorge. Hablarme á solas!

Harper. Sí: los momentos son preciosos: vamos al asunto. Jorge, vos teneis una pena.

Jorge. Yo?...

Harper. Vos!... Es en vano que me lo negueis.

Jorge. Harper, yo...

Harper. Permitid que me esplique.—Hace algunos meses que un antiguo soldado, perseguido por sus opiniones políticas, vino á refugiarse á esta inmensa poblacion: aquí halló tranquilidad, pero le faltaba pan; y despues de llamar inútilmente á la puerta de los ricos, el destino le hizo que encontrase á un joven que se ha granjeado por sus prendas eminentes la admiracion y el afecto de todo Londres: este joven se dolió de él y le dió pan. El soldado deseaba hallar un modo de manifestarle su agradecimiento, y observó que el joven, entre las mil habilidades de que estaba adornado, solo una no tenia, en la cual el soldado era maestro. Y un joven de tanto mérito habia de estar espuesto á que le insultase impunemente él último espadachin de la corte? No! Tomas Harper enseñó el ejercicio de las armas á Jorge Wilson, y Jorge Wilson en pocos meses ha igualado y aun escedido á su maestro.

Jorge. (*Estrechándole la mano.*) Y Jorge no olvidará jamas semejante beneficio.

Harper. Pues bien; comprendeis ahora cuánto debe haber sido mi gozo al observar que abrigábais un odio profundo á uno de los principales nobles?

Jorge. Yo?... yo no tengo odio á nadie.

Harper. Sí, Jorge: con solo pronunciar un nombre haré que vuestros ojos despidan rayos de furor... y este nombre es... Dudley! (*Movimiento de Jorge.*) Qué tal? veis si lo he adivinado? Y por qué habeis de ocultar vuestra rabia contra un insolente que se atreve á poner los ojos en la virtud misma, en la pura inocencia...

Jorge. Callad, callad!

Harper. (*En voz baja.*) Bien; ya nos entendemos; mirad si debo bendecir al cielo porque os ha dado ya tanta habilidad y destreza cuanto es vuestro valor y vuestro resentimiento.

Jorge. (*Exaltándose.*) Ah! sí!... no es verdad que ya puedo medirme con cualquiera?... con ese mismo que habeis nombrado?... Yo le provocaré, y responderá á mi reto.

Harper. Desgraciado joven! cómo podeis suponer que ese noble orgulloso descienda á cruzar su espada con un plebeyo? cómo quereis que diga: yo, Enrique, conde de Dudley, marques de Southampton, par de Inglater-

ra, acepto tu reto, Jorge Wilson? Esos son sueños, Jorge, sueños.

Jorge. Cómo! creeis que se negaria?...—Y es verdad!

Harper. Pero esos sueños pueden trocarse en realidad si vos quereis.—Escuchad: hay en Londres una porcion de almas generosas que, dejando aparte todo matiz político, se han unido con un solo pensamiento: el de derrocar á esa nobleza corrompida que no ha traido del destierro mas que vicios. El capitan Thompson está á su cabeza. Ahora bien, Jorge Wilson, uníos á nosotros con vuestros amigos, y el dia de la batalla podreis realizar ese duelo que hoy es imposible: aquel dia, revestido por la suerte con el carácter de caudillo nuestro, podreis presentaros en medio de los dos campos, y gritar con voz terrible: yo, Jorge Wilson, caudillo del pueblo, te reto en campo abierto, á tí, Enrique, conde de Dudley, par de Inglaterra!

Jorge. (*Que iba exaltándose, se domina.*) Qué dices?... No adviertes que es la guerra civil lo que me estás proponiendo?

Harper. Pero es para bien de la patria...

Jorge. Bien de la patria llamas á encender el fuego de la guerra en todos los ángulos del pais?

Harper. Cuando el deber lo manda...

Jorge. Eso que llamas tú deber, yo lo llamo delito. Porque aborrezca á un noble que me ultraja, he de hacer á la Inglaterra responsable de mis odios privados?—Déjame, Harper, no me des esos consejos: no quiero cargar con el oprobio que acompaña á la traicion.—Marchaos, dejadme; y si quereis que olvide vuestra propuesta, empezad por olvidarla vos mismo.

Harper. Perdonad mi error... me he dejado alucinar del afecto que os profeso, y...

Jorge. (*Con frialdad, haciéndole seña de irse.*) Bien está.

Harper. (*Yéndose.*) He errado el golpe!... Pero por mas que él diga, ya tiene el enemigo dentro: no perdamos la esperanza. (*Se va.*)

ESCENA V.

JORGE.

Hacerme á mí semejante proposicion! Pero cómo ha penetrado mi odio al conde de Dudley? Habrá adivinado lo que yo no me atrevo á confesarme á mí mismo? Sabrá cuáles son las miras del conde respecto á mi hermana? Si esas miras son rectas y nobles, yo debia llenarme de gozo y de orgullo; y sin embargo... (*Cayendo en una silla.*) Ah! no puedo soportar esa idea!...

ESCENA VI.

CLARA. JORGE.

Clara. (*Aparte.*) Por fin se ha ido.—Jorge!

Jorge. (*Aparte*) Mi hermana... y yo solo con ella! Ah! no, no! (*Va á marcharse.*)

Clara. (*Deteniéndole.*) Jorge, dónde vas?

Jorge. (*Con frialdad.*) Tengo qué trabajar... tengo que...

Clara. Sí, lo de todos los dias! Siempre tienes quehaceres cuando te ves solo conmigo. Si nuestra madre supiera cuán friamente me tratas de algun tiempo acá, te habia de reñir bien.

Jorge. Basta, Clara, basta, por Dios!

Clara. Ya veo que te disgusto, y no es culpa mia, por cierto!

Jorge. No, Clara, no es eso. (*Mirándola con tristeza.*) Pero qué quieres; estoy disgustado... de mí solo! Ah! no he nacido yo para hacer la felicidad de nadie! En este mundo no hay dichas para mí!

Clara. Ayer dijiste eso mismo delante de nuestra madre, y ya viste cómo se afligió.

Jorge. Y tú, Clara?

Clara. Yo?... yo tambien. Quién sabe! puede que algun dia halles un corazon...

Jorge. Ah! tú has hecho que ese hallazgo sea muy dificil para mí! Dónde he de encontrar una muger que te iguale en bondad, en candor, en hermosura...

Clara. Calla, Jorge, calla! No me hables asi... porque cuando me dices eso me pones tan orgullosa!... Al es-

cuchar de tu boca esos elogios.... es tal mi vanidad, que... mira... si me ofrecieran una corona de princesa, creo que no seria mas feliz.

Jorge. Oh, Clara! mi Clara! (*Tomándola la mano.*)

Clara. Hermano mio!

Jorge. (*Aparte.*) Cielos! qué es esto que siente mi corazon á su lado?... qué fuego es este que me atormenta? Ah! (*Soltando repentinamente la mano de Clara.*)

Clara. Hermano! (*Aparte.*) Qué tendrá? ya vuelve á entregarse á sus cavilaciones! (*Acercándose.*) Qué secreto es ese que nos ocultas? En otro tiempo tu hermana era tu mejor confidente...

Jorge. Déjame, Clara!

Clara. Hermano mio! deposita, como entonces, tus penas en mi corazon... en un corazon que es todo tuyo!

Jorge. Ah! qué dices? sabes que en esas palabras está el cielo y el infierno?

Clara. Jorge!...

Jorge. (*Apartándose.*) No, no, déjame!

Clara. (*Siguiéndole.*) Oye!...

Jorge. No, nada quiero oir! (*Entra en su cuarto: Clara queda inmóvil.—Sale Sara.*)

ESCENA VII.

SARA. CLARA.

Clara. Nunca le he visto asi!

Sara. Qué tienes?

Clara. Es Jorge, que...

Sara. Qué ha dicho?

Clara. Ya habreis notado qué melancólico está de algun tiempo á esta parte: yo he procurado manifestarle cada vez mas ternura, y nunca ha dado muestras de agradecerlo; pero hoy, preguntándole la causa de su tristeza... Dios mio!

Sara. Qué? acaba. (*Aparte.*) Pobre Jorge!

Clara. Primero me ha tratado como á una estraña; luego se ha enternecido y ha manifestado arrepentirse de sus malos modos, y de repente me ha apartado de sí con violencia y se ha encerrado en su cuarto dejándome triste y llorosa!

Sara. (*Aparte.*) Ya es tiempo! sí, ya es tiempo! (*Disimulando.*) Y no es mas que eso, hija mia?

Clara. Pues no es bastante!

Sara. No trato de disculparle, Clara; pero tampoco puedo condenar su conducta.

Clara. Cómo?

Sara. Escucha: dentro de tres meses cumplirás diez y seis años, y á esa edad una jóven no debe portarse ni aun con su hermano como en los dias de la niñez.

Clara. Conque no puedo amarle como le amaba en aquel tiempo?

Sara. No me opongo yo á que le ames; pero él, que tambien estoy segura de que te ama, mira como ya te trata de otra manera.—Veo que mis palabras te afligen!

Clara. Madre mia!

Sara. Vamos, enjuga esas lágrimas; no quiero que tu rostro manifieste tristeza cuando se prepara un acontecimiento feliz para la familia.

Clara. Cuál es, madre mia?

Sara. Ya lo sabrás despues.

Clara. Tambien vos teneis misterios?... todos los tienen para la pobre Clara!

Sara. Y tú, Clara, no los tienes tambien para tu madre?

Clara. Yo?

Sara. Sí, tú: crees que no los he adivinado?

Clara. No os entiendo.

Sara. Oye, y respóndeme con franqueza. No amas tú y eres correspondida de alguno?

Clara. (*Turbada.*) De alguno?

Sara. Por qué me lo ocultas, hija mia? Yo no tengo nada que desaprobar sino solo que me lo hayas callado: la eleccion de un joven, rico, noble, poderoso... como Lord Dudley...

Clara. Lord Dudley! Es verdad, madre; él me ha hablado, pero yo por mi parte os juro...

ESCENA VIII.

DICHAS. NICOLSON, *apresurado.*

Nicolson. Prima, prima...

Sara. Qué traes?

Nicolson. Buenas noticias! Mira... (*La enseña un Diario.*) Dicen de Oxford que el capitan Cristian...
Sara. Cristian!... Qué he leido! Me engañan mis ojos!
Nicolson. Yo tambien creí que veia visiones!
Sara. (*Despues de leer.*) Ah! bendito sea el Señor! Clara, Nicolson, yo me muero de gozo!
Clara. Pero qué es?
Sara. Ah! Por qué no está aqui Jorge? Que venga, quiero verle!
Clara. Está en su cuarto.
Sara. Nicolson, llámale, anda pronto!
Nicolson. (*Llamando.*) Abre, Jorge, abre!

ESCENA IX.

SARA. CLARA. NICOLSON. JORGE.

Sara. Jorge! hijo mio, ven.
Jorge. Qué teneis, madre?
Sara. Mi gozo debe sorprenderte; tú no puedes comprenderlo. Sabe que existia un secreto que yo te hubiera ocultado eternamente, y el acontecimiento de hoy me permite ya descubrírtelo.
Jorge. Qué secreto, madre mia?
Sara. Escucha: el nombre que tú llevas no es el de tu padre...
Jorge. Qué decís!
Sara. Tu padre se llamaba Guillermo Butler.
Clara y Jorge. Butler!
Jorge. En mi infancia, recuerdo que un soldado del rey citaba ese nombre como el de uno de los mártires de la buena causa. Y somos nosotros sus hijos?
Sara. Sí, Jorge!
Jorge. Y por qué no hemos llevado su nombre?
Sara. Eso tiene su origen en un suceso terrible, horroroso!
Jorge. Hablad, hablad!
Sara. Te acuerdas de haberme preguntado muchas veces cómo habia muerto tu padre?
Jorge. Sí.
Sara. Y te acordarás que siempre que me lo preguntabas apartaba yo los ojos y no te respondia?

Jorge. Es verdad.

Sara. Y no has notado mi repugnancia á que te adiestraras en el manejo de las armas?

Jorge. Sí, madre mia!

Sara. Y todo eso no te ha hecho sospechar nada?

Jorge. No; hasta ahora no. Pero á dónde vais á parar?

Sara. Quince años hace que los soldados de Cromwel se apoderaron de nuestra granja de Southampton, despues de una obstinada defensa sostenida por los labradores: mi primo Wilkins, á quien te habiamos confiado, vino en mi ausilio trayéndote en los brazos, y me halló arrodillada junto á dos cadáveres; yo te tomé de la mano y te hice arrodillar tambien junto á ellos: el uno era el conde de Carlisle, el otro tu padre!

Jorge. Sí, sí... ya me acuerdo!... y tambien que os pregunté llorando quién habia muerto á mi padre, y me respondísteis que habia sucumbido combatiendo.

Sara. Pues te engañé; tu padre acababa de ser asesinado!

Clara. Ah!

Jorge. Asesinado!

Sara. Sí, asesinado con el conde de Carlisle, á quien queria salvar.

Clara. El conde de Carlisle, nuestro bienhechor?

Sara. Sí, nuestro bienhechor, Clara!—Al mes de aquella desgracia huí secretamente de Southampton con Nicolson, con Clara y contigo, á fin de sustraerme á la persecucion del asesino de tu padre: vine á Lóndres, y cumpliendo la promesa solemne que hice á mi esposo, dejé el nombre de Butler por el de Wilson, que era el de mi familia.

Jorge. Pero no sabeis el nombre del que asesinó á mi padre?

Sara. Sí, se llamaba Cristian.

Jorge. Crístian! Bien, madre, bien; yo mataré á ese hombre!

Sara. Le matarás?

Clara. Cielos!

Sara. Qué estás diciendo? Pues no conoces que si te he descubierto este horrible secreto y te he dicho el nombre de ese monstruo, es porque ya podia hacerlo sin esponer tu vida? no conoces que es porque ese hombre ha muerto?

Jorge. Ha muerto?

Sara. Lee.

Jorge. (*Leyendo.*) «La rebelion que estalló en Plimouth ha sido sofocada: los rebeldes fueron derrotados y dispersos. Entre los muertos se cuenta el coronel Johuson, y al capitan... (*En voz ahogada.*) Cristian.» — (*Volviéndola el Diario.*) Con que mi padre no será vengado! Ah! por qué no me habeis dicho antes este horrible secreto!

Sara. Porque no queria que me privasen de tí como me privaron de tu padre; pero ya puedo llorarle contigo sin temor de perderte.

Jorge. Oh! padre mio, tu hijo no puede vengarte!

Sara. Por ese ánimo violento y arrojado que veia nacer en tí, no me atreví á decírtelo antes. Consuélate, Jorge, ten valor, como yo lo he tenido quince años!

Jorge. Padre mio!

Sara. Hijos, dejadme; dejadme con Nicolson: tengo que hablarle; y en seguida un asunto importante me obligará á salir de casa... Jorge..... (*Tomándole la mano.*) te recomiendo que ames á Clara como buen hermano. (*Tomando la de ella.*) Y á tí Clara, que ames á Jorge... como una buena hermana. A Dios, hijos mios.

Clara. Y volvereis pronto?

Sara. Sí, hija mia, pronto.

Jorge. Muerto sin vengarme! (*Clara se vá: Jorge la sigue; pero de repente se pára, y se vá por el lado opuesto.*)

ESCENA X.

NICOLSON. SARA.

Sara. (*Aparte.*) Mis temores eran fundados!... La tristeza de Jorge... su turbacion... su aislamiento... Sí, ya es tiempo de poner término á la lucha que sostiene su alma, y curarle de esa pasion. Nicolson?

Nicolson. Prima?

Sara. Yo voy á casa de lord Clarendon, que debe haber entregado al rey los testimonios del nacimiento de Clara, á que me diga la respuesta de S. M. Escribe tú á lord Dudley, rogándole de mi parte que se sirva pasarse por aquí.

Nicolson. Verdad es que hace ya dias que no nos visita.

Sara. Sus ocupaciones se lo habrán impedido. Envia al instante la carta á su casa. (*Vase.*)

Nicolson. Lo haré al momento.

ESCENA XI.

NICOLSON.

(*Siéntase, y se pone á cortar una pluma.*) Empezaremos por cortar una pluma muy delgada. Yo no tengo costumbre de escribir á estos milores, y no quisiera poner una sandéz. (*Prueba la pluma.*) Huy! qué barbas tiene! está hecha una escoba! (*Soltándola.*) Cuando me acuerdo de que ese pícaro de Cristian ha estado disfrutando nuestra granja quince años! (*Tomando la pluma.*) Pero ya ha muerto, y ahora nos veremos las caras. (*Cortándola.*) A ver, plumita, si ahora quieres escribir. (*Probándola.*) Ahora está buena: escribamos. «Sara Wilson ofrece sus respetos á milord conde de Dudley...» (*Hablando distraido.*) Oh! Si ahora no me vuelven mi granja, alboroto el reino!... (*Escribe.*) «suplicándole se sirva pasar hoy sin falta por esta su casa...» (*Parándose de repente y hablando.*) Grandísimo tunante!... (*Escribe.*) «Y sino iré yo á la suya con mi hija Clara.» (*Hablando.*) Oh! bien muerto está. (*Escribe.*) «Recibid, señor conde, el respetuoso afecto.» &c. Ya está: repasemos la carta. (*Lee.*) «Sara Wilson ofrece sus respetos á milord conde de Dudley.» Bien va..... «y si ahora no me vuelven mi granja, alboroto el reino...» Qué es esto?... (*Lee.*) «Suplicándole se sirva pasar hoy sin falta por esta su casa, grandísimo tunante...« Jesus!... estoy borracho!... «y sino, iré yo á la suya con mi hija Clara; qué bien muerto está. Recibid, señor conde...» Vamos, vamos... se me ha vuelto el juicio. Ese pícaro de Cristian, muerto y todo, me ha embrollado las ideas. (*Rompe la carta.*) Trabajo perdido: hay que volver á empezar.

Dudley. (*Dentro.*) Bien: esperaré á que vuelva.

Nicolson. Qué voz es esa?... Ah! que es lord Dudley!

ESCENA XII.

NICOLSON. DUDLEY.

Dudley. Señor Nicolson!...
Nicolson. (*Saludando respetuosamente.*) Servidor vuestro, milord: mi prima celebrará mucho vuestra venida, porque poco há se quejaba de vuestra ausencia.
Dudley. De veras?
Nicolson. Como que me habia encargado que os escribiera suplicándoos que os dignaseis pasar por aquí, como lo prueban esos fragmentos de carta que estaba ya improvisando.
Dudley. (*Con gozo.*) Vuestra prima me mandaba llamar?
Nicolson. Ni mas ni menos. Precisamente ácaba de salir; pero voy á decir que tan luego como llegue la avisen que estais aqui. Con vuestro permiso, milord.
Dudley. Id donde gusteis.

ESCENA XIII.

DUDLEY, *luego* JORGE.

Dudley. Por fin, Sara se ha decidido á llamarme! qué me irá á contestar? Será para desvanecer esta dulce ilusion que me he formado, ó para realizarla? para consentir en la única felicidad que ambiciono? Ah! los instantes me parecen siglos! Si pudiera ver á Clara... (*Viendo salir á Jorge.*) Es su hermano.
Jorge. Lord Dudley!
Dudley. Señor Jorge, servidor vuestro.
Jorge. Milord?
Dudley. Me felicito por tan dichoso encuentro: hacia mucho tiempo que no tenia el gusto de veros; y... perdonad esta suposicion, se me ha figurado algunas veces que evitabais mi presencia.
Jorge. Yo, milord? Las relaciones que pueden existir entre nosotros...
Dudley. Espero que sean muy en breve tan íntimas como duraderas.
Jorge. Y qué feliz casualidad trae por aquí á su señoria?

Dudley. No es la casualidad: venia espresamente á ofrecer mis respetos á vuestra madre.

Jorge. Y acaso tambien á Clara, no es cierto?

Dudley. Tambien... Y cuando he llegado, deseoso de disculparme por no haber parecido en algunos dias, me encuentro con que vuestra madre habia encargado al señor Nicolson que me escribiera, diciendo que me esperaba aqui hoy sin falta.

Jorge. Mi madre decís que os llamaba hoy?

Dudley. Sí, señor.

Jorge. Y se puede saber el motivo?

Dudley. No os negaré que creo adivinarlo. Yo amo á vuestra hermana, y he pedido su mano á vuestra madre.

Jorge. Vos, milord!... (*Demudado y sonriendo amargamente.*) Pero, milord, no advertís la distancia que nos separa?

Dudley. Clara pudiera envanecer á un rey.

Jorge. Y decís que habeis pedido positivamente su mano?

Dudley. Sin la menor duda. (*Aparte.*) Qué tono tan estraño!

Jorge. Y en cuanto á mi consentimiento, le teneis en tan poco que no os habeis dignado consultarme siquiera!

Dudley. Señor Jorge.

Jorge. En efecto, yo qué soy en esta casa? quién es Jorge Wilson, para que un lord, un noble no se crea autorizado á obtener la mano de su hermana, sin cuidarse para nada de su permiso? Milord, yo soy hermano de Clara, y este hermano de cuya aprobacion os creeis dispensado, os responde aquí que lo que su madre ha hecho, él puede y quiere deshacerlo!

Dudley. No puedo comprender ese lenguaje...

Jorge. Pues bien claro es! Yo soy un hombre del pueblo, milord, y no quiero vuestra alianza.

Dudley. Con que mi recelo era fundado? Me aborreceis cuando yo ignoro el motivo, y anhelo vuestra amistad?

Jorge. No hay amistad posible entre nosotros, milord! Vos amais á Clara y pedís su mano, pues yo, su hermano mayor, os digo y os repito que Clara no será nunca esposa vuestra, milord: no, nunca!

Dudley. Volved en vos, Jorge! Eso es una demencia...

Jorge. Demencia? No es demencia! Yo estoy aqui en mi

casa: no quiero recibir en ella sino á mis amigos; y vos... ya lo habeis oido, vos no sois mi amigo...

Dudley. (*Aparte.*) Es mucho insulto.—Jorge, otro que no fuerais vos...

Jorge. Bien, milord! ya me habeis entendido!... Basta de palabras... salgamos!

Dudley. (*Aparte.*) Me provoca!—Jorge, yo no quiero... ni debo entenderos.

Jorge. Cómo?...

Dudley. La cuestion se va haciendo cansada, dejémosla.

Jorge. Con que es decir que no consentís en medir vuestra espada de caballero con la de un hijo del pueblo?

Dudley. Jorge!...

Jorge. No me considerais bastante para eso... no es verdad?

Dudley. Señor mio, yo no me bato sino contra los enemigos de mi rey.

Jorge. Y si yo os insultase, milord?

Dudley. (*Alterado.*) Si vos me insultarais?...

Jorge. Sí?

Dudley. (*Con frialdad.*) Ya os lo he dicho: el hermano de Clara está á cubierto de mi enojo. Respondereis de vuestra conducta á vuestra madre... y á vos mismo; porque en breve espero que os he de ver arrepentido. (*Se vá.*)

Jorge. (*Solo.*) Se vá!... desprecia mi cólera! Ah!... Harper tenia razon!

ESCENA XIV.

JORGE. CLARA. *Luego* SARA.

Clara. Hermano... qué tienes?... qué ha pasado?...

Jorge. No me lo preguntes.

Sara. (*Dentro.*) Lord Dudley!... Dónde está? (*Sale por una puerta lateral.*)

Jorge. Mi madre!

Sara. Por fin, todo va á quedar decidido. Me dicen que ha venido lord Dudley... yo habia entrado á mi cuarto... pero dónde está?

Jorge. Yo le he echado de casa, madre.

Sara. Que lo has echado, dices?

Jorge. Sí; porque ha venido sin permiso mio.

Sara. Jorge!... era ya quien lo habia llamado, yo!... porque se trataba de la suerte de Clara, de mi Clara. Y he llegado aqui llena de gozo y de esperanzas, porque he visto á lord Clarendon... pero sin el apoyo de Dudley, mis pasos en favor de Clara no obtendrán el feliz resultado que deseo.

Clara. Cielos! qué significa?...

Jorge. Qué secretos me ocultais, madre mia? qué misterios son estos?... Ah! lo repito: no quiero que la suerte de Clara, sea cual fuere, dependa de los beneficios de lord Dudley, no, no lo quiero! Y como hermano mayor, y gefe de la familia, usando de mi autoridad, la mando á mi hermana...

Sara. (*Sin poder contenerse.*) Qué estás hablando de gefe de familia, ni de autoridad!... Clara no es tu hermana.

Clara. Cielos!

Jorge. Qué oigo!... Clara no es mi hermana?... pues quién es?...

Sara. Lo sabrás en presencia del conde de Dudley. (*A ella.*) Señorita, retiraos á vuestra habitacion.

ESCENA XV.

SARA. JORGE.

Jorge. Dudley, habeis dicho? Pero no... no hablemos ya de ese hombre... Decidme... decidme, madre mia... Si Clara no es mi hermana... (*En voz ahogada por el temor y la esperanza.*) podrá ser mi esposa!

Sara. Silencio, desgraciado!

Jorge. Y este amor, este amor que me atormentaba, ya puedo confesarlo sin remordimientos!.. Sí, madre mia, yo amo á Clara!

Sara. Jorge, olvida ese amor insensato, renuncia para siempre á esa loca esperanza.

Jorge. Quién me lo manda?

Sara. Yo!... el destino... lord Dudley!

Jorge. Dudley!

Sara. Sí, Dudley sobre todo, de quien depende la suerte de Clara.

Jorge. Callad, madre, callad!... esas palabras bastan para arrojarme á un enorme delito!

Sara. Respeta los decretos del cielo, y los mandatos de tu madre. El cielo desecha tus votos, y tu madre te lo anuncia. Clara no puede ser tuya. Muy en breve se separará de tí, y mientras yo viva no te acercarás á ella.

Jorge. Madre!

Sara. No me sigas. (*Se vá.*)

ESCENA XVI.

JORGE. *Luego* HARPER.

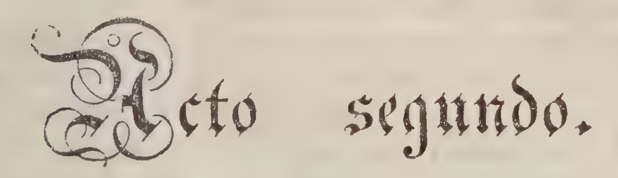
Jorge. Cielos! Clara, mi Clara!... la he perdido.... y ese Dudley es quien me la roba!... Y se niega á mi provocacion!... no quiere medir su espada conmigo!... Cómo he de vengarme? oh rabia!... No importa... A cualquier precio, Clara ha de ser mia!... Si es preciso que muera Dudley, que muera!...

Harper. (*Que ha ido acercándose.*) En tu mano lo tienes.

Jorge. Ah! eres tú!.... el infierno te envia en mi socorro! tiembla Dudley! y caiga sobre tí el peso de mi delito! Harper; corre, vuela... avisa á tus amigos... á ese Thompson!... á todos... que vengan... ya soy suyo... quiero vengarme!

Harper. (*Apretándole la mano.*) Esperadme aqui! (*Vase apresurado.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Un terrado con jardin, que domina á la ciudad, cerrado en el foro con una balaustrada abierta en el centro, donde se supone que hay una escalera que conduce á otros pisos inferiores. A la derecha la fachada interior de la casa. En el fondo se ve la ciudad. Bancos y sillas.

ESCENA PRIMERA.

CLARA. NICOLSON. *Luego* JORGE.

(*Sale primero Clara, apoyada en el brazo de Nicolson. En seguida aparece Jorge, y se queda aparte, escuchando.*)

Nicolson. Apoyaos en mí, Clarita. Vuestra madre... porque vos siempre la llamareis así, no es verdad?
Clara. Ah! siempre!
Nicolson. Y á mí tambien me llamareis tio?
Clara. Tambien. (*Sonriendo.*)
Nicolson. Y á Jorge, hermano?
Clara. (*Sentándose turbada.*) Ah!
Jorge. (*Aparte.*) Se ha turbado al oir mi nombre!...
Clara. Deciais que mi madre...
Nicolson. Decia que vuestra madre ha salido, y me ha encargado que os acompañe. Realmente, la revelacion que os ha hecho no podia menos de trastornaros. Si á mí mismo, que sé, hace tantos años, el secreto de vuestro nacimiento, me hizo cierta impresion la noticia; y todo por la manera que tuvo mi prima de desembucharla: asi con un arranque trágico!...

Clara. (*Levantándose.*) Él secreto de mi nacimiento?... con que vos lo sabeis? Ah! contadme, contadme... soy de familia oscura, no es verdad?

Jorge. (*Aparte.*) Qué la irá á decir?

Nicolson. Tanto Jorge como vos, hija mia, teneis prurito de hacer interrogatorios... y eso es cosa que pone en conflicto á quien no quiere ni debe responder.

Clara. (*Sentándose.*) Ah! cuál será mi suerte? Estaba yo tan contenta con la familia que el destino me habia dado!

Nicolson. Si... lo que es en cuanto á los Nicolson y los Butler... Pero ya que os veo mas serena, y que en este terrado podeis pasar un rato distraida, si no lo llevais á mal...

Clara. Quereis salir? Pues bien, no os detengais por mí.

Nicolson. Pues ea, voy corriendo... porque os diré en confianza...

Jorge. (*Aparte.*) Maldito hablador!

Nicolson. Que voy ahora á casa del ministro lord Albermal.

Clara. (*Sonriendo.*) Ah!

Nicolson. Sí; y en seguida á ver á lord Dudley.

Clara. (*Con sorpresa.*) Ah!

Jorge. (*Aparte.*) Siempre ese lord Dudley!

Nicolson. Esos dos señores me han ofrecido hablar al rey por mí... Con que ya veis si debo ser exacto. A Dios, hija mia. Si encuentro á Jorge le diré que venga.

Clara. No, no!

Nicolson. A Dios. (*Baja por la escalera del fondo.*)

ESCENA II.

CLARA. JORGE.

Clara. Se vá!... Pero qué temo? por qué me asusta la idea de ver á Jorge?... será que no le amo desde que sé que no es mi hermano? (*Se sienta y ve á Jorge que se acerca.*) Jorge! (*Se levanta y quiere irse.*)

Jorge. (*Deteniéndola.*) Soy yo, Clara, quien os hace marchar? Si mi presencia os desagrada...

Clara. Jorge! eso no lo creeis vos.

Jorge. Pero se me figura que no me recibís como otras veces.

Clara. Tenemos ya otros deberes que cumplir.

Jorge. Otros deberes? cuáles? Os han mandado que huyais de mí?

Clara. Puede acaso esta pobre huérfana resistir locamente á aquella cuyos beneficios...?

Jorge. Y por qué no añadís que tampoco á lord Dudley, á ese hombre que se ha hecho árbitro de vuestra suerte, á ese noble señor?

Clara. Dios mio! es esto lo que debia esperar de vos? En vez de consuelos, sospechas y quejas! Oh! madre! bien haciais en aconsejarme que evitase su presencia, cuando yo os pedia que no me separáseis nunca de él!

Jorge. Qué dices, Clara?

Clara. 'A Dios.

Jorge. No, no te vas sin que me hayas antes perdonado! (*La toma la mano.*) Ah! deja que estreche tu mano en la mia!... no apartes de mí los ojos!

Clara. Dejadme!

Jorge. Pues dime, dime que desde que has sabido que no soy tu hermano, no se ha disminuido tu cariño: respóndeme, Clara!

Clara. (*Aparte.*) Ah! las fuerzas me faltan!

Jorge. Y dime; desde que te llamé por la primera vez hermana, hasta hoy, que ya libre por fin, puedo darte otro nombre mas dulce, no has adivinado este secreto que se encerraba en mi alma? Mi vida, angel mio, es una larga historia de amor. Cuando, niño todavia, no acertaba á estar un instante lejos de tí, era ya por amor! Cuando despues rechazaba tus inocentes caricias, era por amor! Y en fin, cuando al verme triste, caviloso, sombrío, venias á consolarme, y yo me alejaba sin pronunciar una sola palabra... era por amor, Clara mia!... siempre por amor!

Clara. Ah! calla, calla!... Mi madre!

Jorge. Y Dudley!

ESCENA III.

DICHOS. SARA. DUDLEY.

(*Sara y Dudley aparecen por la escalera del foro.*)

Dudley. Aquí me teneis, señora, por segunda vez exacto á vuestro recado.

Sara. Y os lo agradezco tanto mas, milord, cuanto que despues de lo que hizo mi hijo...

Jorge. (*Aparte.*) Siempre este hombre!

Clara. (*Aparte á Jorge.*) Por Dios, que te contengas.

Dudley. Eso ya lo he olvidado, señora. (*Jorge da un paso para marcharse por la derecha.*)

Sara. (*En voz baja.*) Quédate, Jorge.

Jorge. Cómo! madre!

Sara. Quédate! Milord, servíos tomar asiento, y tú Jorge... y tú tambien, Clara. (*Jorge mira á su madre, la cual con los ojos le indica una silla; él obedece y se sienta. Clara se coloca á su lado. Dudley se ha sentado antes: Sara se sienta en medio.*) Ahora prestadme átencion; porque lo que voy á decir interesa igualmente á todos: á vos, milord; á tí, Clara; á tí, hijo mio. Milord, las esperanzas que alimentaba yo, hace tanto tiempo, se ven ya cumplidas: las tormentas políticas que han agitado el reino durante doce años, se han calmado: á la guerra civil ha sucedido la paz interior: Carlos II ha vuelto de su largo y penoso destierro, y está sentado en su trono; mientras el terror y la anarquía reinaban, yo he debido guardar en mi pecho un secreto que era peligroso revelar; pero al ver en mi pais la seguridad y el orden firmemente establecidos, ya debo pensar, milord, en el porvenir de la joven que estais mirando.

Dudley. (*Sorprendido.*) Señora, yo...

Clara. Madre mia...

Jorge. (*Aparte.*) Qué irá á decir?

Sara. No me entendeis, milord: en efecto, no podeis entenderme; pero una palabra os esplicará este enigma; Clara no es mi hija.

Dudley. Cómo!

Sara. Para probarlo, necesitaba reunir todos los papeles relativos á su nacimiento; ya los he reunido, milord, y el duque de Clarendon, lord canciller de Inglaterra, que los ha examinado, ha reconocido su validez. Ahora bien, señor conde, para que Clara ascienda á la clase de donde nunca debió descender, solo falta el asentimiento de un noble lord.

Dudley. Y bien, señora

Jorge. (*Aterrado.*) Es esto un sueño?

Clara. (*Aparte.*) Qué oigo!

Sara. Si, milord, su asentimiento y su apoyo, porque ese noble lord posee, sin saberlo, la herencia de Clara.

Dudley. Y quién es ese hombre, señora?

Sara. Al volver á Inglaterra con Carlos II, no habeis heredado vos los bienes del conde de Carlisle?

Dudley. Sí señora; pero yo soy el único heredero existente de lord Carlisle.

Sara. No, milord.

Dudley. Pues, á la muerte de Carlos I, no quedaba de toda la familia del conde mas que una hija de tierna edad, y un hermano, que era lord Dudley, mi padre.

Sara. Es cierto.

Dudley. Y la niña murió en el incendio del castillo de Carlisle.

Sara. No, milord, no murió en el incendio del castillo; porque la tenian en su poder unos pobres labradores que la recibieron de manos del conde, y la criaron en secreto. Hoy cesa de dar el nombre de madre á la que como tal la ha amado; y reconocida por vos como hija de lord Carlisle, se eleva á la clase que ocuparon sus abuelos. Esa joven, milord, libertada por milagro de la muerte, está delante de vos: miradla.

Dudley. Clara!

Sara. Sí, Clara; hoy condesa de Carlisle. (*Dándole unos papeles.*) Leed.

Jorge. (*Aparte.*) Ella!

Clara. (*Asombrada.*) Yo, madre mia?

Sara. Quizá hubiera debido dilatar la revelacion pública de este secreto; pero las circunstancias son graves; se habla de haber estallado nuevas rebeliones en el reino, y he conocido la necesidad de dar un protector á mi hija.

Jorge. (*Aparte.*) Ah! la he perdido!

Clara. Madre mia!

Jorge. (*En voz baja.*) Por piedad!

Sara. (*Aparte á Jorge.*) Jorge, renuncia á ese insensato amor: el honor lo exije, y tu madre te lo manda.— Condesa de Carlisle, mostraos digna del puesto á que sois llamada: al separaros de vuestra familia adoptiva, espero que nos dejareis el consuelo de poder decir algun dia con orgullo: hemos dado una digna esposa y una digna madre á la alta nobleza de Inglaterra.

Dudley. (*Que ha examinado los papeles.*) Señora, antes de recibir la importante declaracion que acabais de hacerme, ya os habia yo abierto mi corazon... y, á menos que milady no me lo mande, no renunciaré sino con la vida á la dulce esperanza que habia concebido mi alma.—Estos papeles los guardo; y dentro de pocos instantes sabreis como se porta el conde de Dudley. (*Acompaña á Sara y á Clara hasta la puerta de la derecha, y se va.*)

ESCENA IV.

JORGE. *Luego* UN CRIADO.

Jorge. Condesa de Carlisle!... Ah! esta noticia me vuelve loco de desesperacion! Los hombres ponen entre ella y yo una muralla insuperable!... la sociedad entera se arroja entre nosotros y nos separa eternamente!—Pues bien; Clara, Dudley, si el mundo me prohibe elevarme hasta vosotros, yo os obligaré á los dos á descender hasta mí!

Criado. (*En voz baja.*) El señor Harper...

Jorge. Por qué se detiene?

Harper. (*Llegando: en voz baja á Jorge.*) Ahí está.

Jorge. Pues que venga, que venga!

Harper. (*Llegándose á la escalera.*) Por aquí, capitan.

ESCENA V.

JORGE. HARPER. THOMPSON.

Harper. (*Presentándolos uno á otro.*) Señor Jorge, el capitan Thompson.—Capitan, el señor Jorge Wilson.

Jorge. Bien venido, capitan. (*Thompson hace una cortesía.*) Harper me ha hablado de vos, de vuestros planes, de vuestras esperanzas... Yo lo adopto todo, yo participo de ello: mi brazo, mi espada, cuanto yo tengo es vuestro. Decidme la hora, el sitio y la señal del combate.

Thompson. Asi me gustan los hombres! Desde que llegué á Londres, donde vivo escondido, hasta el momento de dar el golpe, á fin de evitar las pesquisas de la policía, vuestro nombre fue el primero que oí pronunciar con elogio, y formé el proyecto de aumentar mis filas con tan buena adquisicion. Reforzadas ahora con vuestro apoyo, y con el de los bravos estudiantes que á vuestra voz se alzarán, ya estamos prontos á dar el golpe, y arrojarnos á una atrevida empresa. Guerra á Buckingham, á Rochester, á Dudley, á todos esos cortesanos que engordan con la miseria del pueblo!

Harper. Prudencia!

Jorge. Acabemos.

Thompson. La lucha que se prepara va á reunir de nuevo á todos los buenos ingleses, y con ellos á todos los antiguos soldados de Cromwel. Yo, despues que quedé por muerto en el campo de batalla de Plimouth, me salvé por milagro, y en union de otros compañeros he ido peregrinando de condado en condado, y recogiendo la palabra de nuestros hermanos. Infinitos se han afiliado ya, y esperan impacientes la señal.

Harper. En el Este contamos con Lambert, en el Norte con Bleston, en los demas puntos con otros no menos osados; en Londres con Jorge Wilson, la juventud... y la victoria!

Thompson. Y vos, Jorge, estais seguro de vuestros camaradas? Dicen que muchos de ellos estan descontentos con los Estuardos y con la corte; pero se alzarán

todos á vuestra voz?... porque sin ellos no podemos responder del éxito.

Jorge. Yo les diré mi afrenta: yo les diré la venganza que busco: todos me quieren; y mirarán como suyas mi afrenta y mi venganza.

Thompson. Y ahora, Jorge Wilson, juras ser de los nuestros?

Jorge. Sí!... aunque despues de la victoria tuviese que subir al cadalso!

Thompson. Y serás fiel á ese juramento?

Jorge. Sí!

Thompson. (*Indicándole un pergamino que Harper saca del seno.*) Mira esa lista: ahí verás inscriptos muchos nombres de gran valía. Añade el tuyo.

Jorge. Dame. (*Aparte.*) Oh, madre mia!... oh, Clara!

Thompson. Titubeas?

Jorge. (*Con ímpetu.*) No... no! (*Firma, y devuelve el papel.*)

Thompson. Cuánto tiempo necesitas para juntar y decidir á tus compañeros?

Jorge. Dentro de un instante los veré, y mañana á la noche estarán todos prontos.

Thompson. Bien: hasta mañana.

Jorge. Dónde?

Harper. Al anochecer, en la taberna del Globo.

Jorge. Allí estaré.

Thompson. Compañero, esa mano! (*Jorge se la toma, y esperimenta cierta conmocion.*)

Jorge. (*Aparte.*) No sé lo que siento!... Esta mano...

Thompson (*Aparte.*) Qué estraña turbacion!

Jorge. Creo, capitan, que nunca nos hemos visto?

Thompson. Qué sé yo!... iba á haceros la misma pregunta.

Harper. Y dónde creeis posible haberos visto!

Thompson. Es verdad.

Jorge. Me habré engañado.—Adios, capitan; hasta mañana, en la taberna del Globo.

Thompson. Convenidos. (*Jorge se va por la derecha.*)

ESCENA VI.

HARPER. THOMPSON. *Luego* SARA *y* NICOLSON.

Thompson. Harper, ó mucho me engaño, ó este joven obra por pasion y no por conviccion.
Harper. Obra por desesperacion amorosa.
Thompson. Ya! me alegro de saberlo. A pesar de todos sus juramentos, no tengo gran confianza en él: será preciso que no le perdamos de vista.—Ea, ya aqui no hacemos nada, y á mí no me conviene estar mucho tiempo á cielo descubierto.
Harper. Es verdad; no sea que alguno te conozca.— Gente viene.
Thompson. (*Dándole el brazo.*) Vámonos! (*Ambos se dirigen á la escalera. En el mismo instante sale Sara por la derecha y ve á Thompson.*)
Sara. (*Aterrada.*) Ah!
Thompson. (*A Harper.*) Quién es esa?
Harper. La madre del joven.
Thompson. Vámonos aprisa. (*Al bajar la escalera se encuentran con Nicolson que sube, el cual repara tambien en Thompson.*)
Nicolson. Jesus!

ESCENA VII.

SARA. NICOLSON.

Sara. Es esto una vision!... Cristian!... el asesino de mi esposo!
Nicolson. (*Apoyándose en un banco.*) Yo me he quedado trémulo y sin fuerzas para moverme.
Sara. Cristian!... aquí!... Cristian vivo!... Con que fue falsa la noticia de su muerte?... Ah! Nicolson, dime, dime que me he engañado!
Nicolson. Bien quisiera, prima; pero yo tambien le he visto!
Sara. Cómo podian engañarme esas facciones que estan grabadas con sangre en mi memoria!—Sí, él es, él es!

Y una secreta voz me dice que ha venido aqui persiguiendo á mi hijo!... Ah! cómo salvar á Jorge!

Nicolson. Escucha: un mes hace que Cristian estaba con las armas en la mano: no le alcanza el indulto; y entregando á la justicia al asesino de Guillermo y del conde, salvamos á Jorge, y libramos á la patria de un traidor!... Voy corriendo...

Sara. Nicolson, qué vas á hacer?

Nicolson. (*Bajando apresurado por la escalera.*) Ya lo sabrás.

ESCENA VIII.

SARA.

Qué buscaria aqui ese hombre? Sabrá Jorge su venida?— Las amenazas en que ha prorumpido contra el asesino de su padre, habrán llegado á oidos de Cristian, y viene á batirse con él, ó á asesinarlo!—Pero si por dicha no lo ha visto Jorge todavia, he de ir á descubrírselo yo misma? á ponerle la espada en la mano y provocar un combate á muerte! Pero qué digo!... y si fuese ya tarde?... si ha marchado Jorge en secreto... (*Aparece Jorge por la derecha.*) Ah! él es. (*Corriendo á él y estrechándole con delirio, en sus brazos.*) Hijo mio! mi único consuelo! ven junto á tu madre! dila que no te amenaza ningun peligro!

ESCENA IX.

SARA, JORGE.

Jorge. (*Armado.*) Madre, ya lo sabeis. Jorge no tiene mas enemigos que aquellos que le han condenado á penas eternas, y á esos no los teme, los aborrece. (*Queriendo desasirse.*) Pero dejadme; un deber imperioso me llama fuera de casa.

Sara. (*Mirándole á la cara.*) Quieres salir! adónde vas?

Jorge. Soltad, madre, dejadme marchar.

Sara. Pues dime dónde vas; quiero saberlo.

Jorge. No lo sabreis.

Sara. Luego es un secreto! Y crees que un hijo puede

ocultar nada á las miradas perspicaces de una madre? Dios, que la hace responsable de la suerte de su hijo, la concede el privilegio de leer en su corazon para que lo consuele y lo salve.—Jorge! tú vas á consumar una sangrienta venganza!

Jorge. Pues no me detengais, porque tambien debeis conocer que llevo el infierno en el corazon!

Sara. Hijo mio! en nombre del cielo, renuncia á ese proyecto funesto!

Jorge. Renunciar!

Sara. Tu padre desde el cielo te muestra á su viuda inconsolable, que no tiene mas apoyo que el tuyo: tu muerte me dejaria sola en el mundo: oye su voz que te manda vivir para tu madre!

Jorge. Mi padre!... por qué me lo recordais, cuando no puedo ofrecerle mas que estériles lágrimas! Dejadme.

Sara. Ah! en vano tratas de engañarme con esas palabras. Yo misma he visto aqui hace poco un hombre cuyo brazo implacable sangriento te ha puesto la espada en la mano, diciéndote: «levántate, y sígueme!»

Jorge. Con que le habeis visto? Pues bien, sí, lo habeis acertado, madre: ese hombre me ha dicho: levántate, y me he levantado: sígueme, y voy á seguirlo.

Sara. Desgraciado! vas á lidiar con ese hombre, con ese monstruo!

Jorge. Qué decís, madre? A lidiar no: ese hombre es mi amigo!

Sara. Tu amigo!... quién? Cristian?

Jorge. (*Retrocediendo espantado.*) Qué habeis dicho? me horrorizais! Cómo! Thompson!

Sara. Thompson? Vé, y arrójale á la cara el nombre de Butler, y verás como te responde con el nombre horrible de Cristian!

Jorge. (*Poniendo mano á la espada.*) Cristian!

Sara. Sí, Cristian; cuyo brazo está teñido con la sangre de mi Guillermo. Respóndeme ahora: quieres seguir al asesino de tu padre?

Jorge. Sí, madre mia; porque ahora quiero matarlo.

Sara. No, no te dejo marchar. (*Jorge quiere marchar: Sara se cuelga de él y no le deja moverse.—Ruido dentro.—Ambos se detienen.*)

ESCENA X.

DICHOS. NICOLSON.

Nicolson. (*Apresurado por la escalera.*) Prima, los alcancé: los constables los siguieron, y ya estarán en poder del gran Sherif: el señor Harper era uno de ellos.— Pero al entrar he visto á la puerta una gran comitiva... qué es lo que busca?

Clara. (*Saliendo.*) Madre, qué gente es esa que sube?

Un criado. (*Por la escalera.*) Señora, de parte del rey!

ESCENA XI.

DICHOS. DUDLEY, *precedido de pages y escuderos que traen sobre un rico almohadon una corona de Condesa.*

Dudley. Señora, os dije al despedirme que en breves momentos sabriais cómo se porta el conde de Dudley: aqui teneis mi respuesta. (*Acercándose á Clara é inclinándose.*) Miladi Clara, condesa de Carlisle, marquesa de Harfort, vengo, en nombre del rey, á restituiros vuestros bienes y á poneros la insignia debida á vuestra clase y elevada cuna: dignaos recibirla en nombre de S. M. Carlos II. (*Un page se acerca con la corona.*) Señora, (*A Sara.*) esta corona, recibida de vuestras manos, tendrá mas valor á los ojos de miladi.

Sara. (*Tomando con tristeza la corona, llegándose á Clara, que se arrodilla en el almohadon, y echando una mirada furtiva y desconsolada á Jorge.*) Pobre hijo mio! (*La pone la corona.*)

Jorge. (*Aparte abismado.*) Señor, señor!...

Dudley. Y ahora, miladi, os dignais aceptar mi mano hasta la litera? El rey os aguarda en palacio.

Clara. (*Cayendo en brazos de Sara.*) Madre mia!

Sara. (*En voz baja.*) Valor, hija, valor.—Id, noble condesa, adonde os llama vuestro nuevo destino. Despues, si no nos olvidas, vendrás alguna vez á enjugar las lágrimas que tu ausencia nos hará derramar.

Clara. (*Besándola con amor la mano.* Ah! sí volveré. (*Vuélvese á lord Dudley, le alarga la mano, y dice*

resignada.) Estoy á vuestras órdenes. (*Al fin de esta escena, varios hombres vestidos de negro han salido y mezcládose con la comitiva: al ir á marcharse Clara, uno de ellos se adelanta con gravedad.*)

El gran Sherif. Escuchad todos. Yo, el gran Sherif de la villa de Lóndres, en nombre de S. M. Carlos II, hago saber, que habiéndoseme denunciado como sospechosas las personas de Tomás Harper y Cristian, llamado el capitan Tompson, y no habiéndose capturado sino al primero, por haber huido el segundo á favor de la multitud, se ha hallado en poder del referido Harper la lista de los conjurados. En su vista, yo el gran Sherif, acuso del crimen de felonía y alta traicion á los comprendidos en ella, y reduzco á prision, como culpable... (*Dando con la vara de marfil en el hombro de Jorge.*) el cuerpo de Jorge Wilson. (*Jorge le mira silencioso.*)

Sara. (*Dando un grito tremendo.*) Ah! mi hijo!

Clara. Jorge!

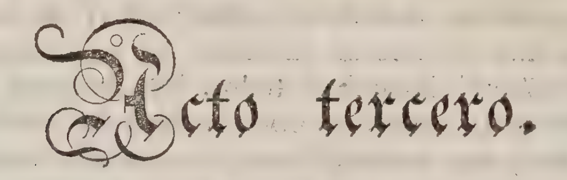
Nicolson. Qué he hecho yo!

Sara. Miserable! yo he denunciado á mi hijo!

Jorge. (*Con calma.*) Madre, valor!—Valor, Clara! (*Llegándose á Dudley, que está inmóvil de asombro.*) Ahora sí, milord, que vuestro triunfo es completo! (*Al Sherif.*) Vamos. (*Se va con el Sherif y los constables echando una mirada á su madre, que ha caido desmayada en una silla.*)

Clara. (*Echándose á los pies de Dudley.*) Ah, milord.—Salvadle, y mi mano es vuestra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Una sala gótica que sirve de biblioteca en la casa de Jorge. Puerta en el foro: otra á la derecha en primer término, y una ventana en segundo. A la izquierda otra puerta, y en el proscenio un estante de ibros, que se abre y deja ver una salida secreta.

ESCENA PRIMERA.

SARA. NICOLSON. DICKSON.

(*Sara está sentada junto á una mesa que habrá á la derecha. Dickson está detras en pie. Nicolson arreglando libros en los estantes.*)

Dickson. Sí, señora, le he visto: el valor y la resignacion no le han abandonado.

Sara. Hijo mio!... y á mí no me permiten verle!

Nicolson. Y qué adelantarias? affigirte mas.

Dickson. Tambien me ha mandado deciros que no pasa dia sin que reciba por conducto desconocido, pero sin duda poderoso, cuantos consuelos son imaginables, y muchas esperanzas de obtener la libertad.

Sara. Es posible?

Nicolson. Dios lo haga! Inmediatamente nos marchamos á Holanda.

Dickson. Pero que le encarga el mas profundo secreto, porque la menor imprudencia lo descompondria todo.

Sara. Ah! ya sé cuál será la mano que le proteje!... Mi buena Clara!

Dickson. No, señora; porque los avisos que recibe son de letra desconocida para él.

Sara. Pues sea quien fuere el que consuela á mi hijo, echa sobre él tu bendicion, Dios de los cielos!—Y tú, Nicolson, has averiguado algo?

Nicolson. Nada, prima mia. Solo que no está asegurada la tranquilidad en Lóndres: las tropas estan sobre las armas.

Dickson. Pero se han tomado precauciones, y Cristian no ha podido salir de la ciudad.

Nicolson. Pero no pueden haberlo á las manos, y aun dicen que trata de ponerse á la cabeza de los estudiantes para libertar á Jorge, con tal que ellos se unan luego á su empresa.

Sara. Ah! nunca! no quiero su libertad á costa del honor.—Y cuándo se dá la sentencia?

Nicolson. Hoy: ya habrá comparecido ante sus jueces.

Sara. Y yo aqui! Dios mio! Oh!... si pudiera sentarme con él en el banco de los acusados! Yo les gritaria á los jueces: á mí, á mí me debeis el descubrimiento de esa conjuracion, y el arresto de los culpados. Jueces, consentireis que una madre muera con el dolor de haber denunciado á su hijo? Ah! no me mateis á mi hijo!

Dickson. (*Limpiándose las lágrimas.*) Señora, valor!

Sara. Y Clara? Clara, que sustrayéndose á los parabienes de la grandeza, venia diariamente á consolarme, hoy no ha parecido! Hoy que mas que nunca necesito quien enjugue mis lágrimas, me abandona!

Dickson. Abandonaros, señora!

Sara. Pues por qué no viene?

Dickson. Quereis saberlo? Porque ha ido á echarse á los pies del rey.

Sara. Cielos! con que tiene esperanzas?

Dickson. Por qué lo dudais?

Nicolson. No concibamos esperanzas que pueden desvanecerse: aguardemos con resignacion.

Dickson. Pues yo la tengo: yo fio mucho de su invisible protector, y sobre todo de miladi Clara.

Nicolson. (*Aparte.*) Yo no fio.

Dickson. Podrá Carlos II negarle una gracia á la hija del conde de Carlisle, mártir de su causa?

Sara. Dios te oiga, Dickson!

Clara. (*Dentro.*) Madre, madre!

Sara. Ella es!

Nicolson. Lo habrá conseguido? (*Dickson abre la puerta del foro.*)

ESCENA II.

DICHOS. CLARA.

(*Clara, pálida y agitada, se echa en brazos de Sara.*)

Clara. Madre mia!

Sara. Hija mia! (*Se abrazan, y permanecen un momento silenciosas. Sara, sin soltarla de los brazos retira el rostro para mirarla y leer con ansia en el suyo.*) Clara! qué traes? Qué pálida vienes! (*Sonriendo con amargura.*) Ah! ya lo adivino!... Era lo que debia esperar!

Clara. (*Apartando la cara.*) Madre mia!

Sara. No!... no me lo digas! Si es que no hay esperanza, calla, calla! el decírmelo es asesinarme!

Clara. Armaos de valor, madre mia: es preciso que sepais....

Sara. Si ya lo sé, ya lo sé todo! no me lo cuentes! No ves que en quince años he aprendido á leer en tu rostro... en tus miradas... en tu voz... á penetrar tus mas secretos pensamientos! Lo sé, lo sé como si lo viera! — Que fuiste al rey, sola, fiada en tus lágrimas... fiada en los derechos que te da el ser hija del conde de Carlisle... el ser hija adoptiva de Guillermo Butler... fiada en tu amor...

Clara. (*Con rubor.*) Madre!

Sara. Sí, fiada en tu amor! Que llegaste á las gradas del trono... que te echaste á los pies de Carlos II... y que ese rey, en cuya defensa murió tu padre y el padre de mi hijo, ha preferido á mis bendiciones y á las tuyas, los consejos sanguinarios y viles de sus compañeros de crápula y libertinage, no es esto?... y para hacer olvidar sus flaquezas al pueblo y al parlamento, quiere arrojarles muy ufano y muy justiciero la cabeza de mi hijo!... Dí, no es esto? (*Clara va á hablar.*) Sí, sí,

esto es, no me lo cuentes, no me lo cuentes! (*Con un grito terrible.*) Hijo de mi corazon! (*Cae en la silla.*)

Clara. (*Cayendo de rodillas á sus pies, y teniéndola abrazada.*) Madre mia! (*Un momento de silencio. Dickson y Nicolson contemplan inmóviles en el fondo este doloroso cuadro.— Despues de esta pausa, se oye el sonido distante de una campana, y clamores lejanos y confusos.*)

Sara. (*Volviendo lentamente en sí.*) Qué sonido es ese?

Nicolson. Es la campana de la torre de Lóndres.

Sara. Y esas voces?...

Dickson. Aguardad, señora; voy á averiguarlo.

Nicolson. Y yo contigo. (*Vanse los dos.*)

ESCENA III.

CLARA. SARA.

(*Clara se ha asomado á la ventana.*)

Sara. (*Haciendo esfuerzos para levantarse, sin poder lograrlo.*) Esos gritos confusos parece que son á la otra orilla del Támesis.

Clara. Qué veo!... Hay soldados al pie de la torre de Lóndres!

Sara. (*Que se ha levantado y se acerca.*) Traerán algun preso?

Clara. La puerta se abre... un inmenso gentío inunda las avenidas... No, no son presos que encierran.... son presos que sacan de la torre.

Sara. Que los sacan, dices?

Clara. Sí, los sacan.... Ah! y los hacen subir al carro fatal!

Sara. (*Mirando.*) Una nube espesa se pone delante de mis ojos!... Clara, tú que ves, respóndeme; es alguno de ellos?..

Clara. No: cuatro han subido... Otro sale!

Sara. Qué dices?

Clara. (*Poniéndose delante.*) No mireis!... una capa lo oculta!

Sara. Azul?

Clara. Azul.—Un sombrero lo cubre...
Sara. Las fuerzas me abandonan!
Clara. El verdugo se lo quita...—Ah, no es él; no es Jorge.
Sara. (*Arrodillándose.*) Dios mio! yo te doy gracias!—No puede ser.... Lord Dudley le salvará.... á ese precio le ofreciste tu mano...
Clara. Y á ese precio se la entregaré, madre mia!
Sara. Sí, Clara, sí! comprendo tu sacrificio... y admiro tu valor!
Clara. Ah! Jorge! Jorge!

ESCENA IV.

DICHAS. NICOLSON. DICKSON.

Nicolson. Prima!
Dickson. Señora!
Nicolson. El gran Sherif y los constables se dirigen hácia aqui!
Sara. Y qué buscan?
Clara. Venid, madre, no le espereis aqui.
Sara. No, déjame: aqui le espero.
Clara. Madre mia, venid!
Sara. Ah! ya comprendo! lo han sentenciado, y vienen, segun costumbre, á leer en su casa la sentencia!
Clara. Y por qué la quereis oir? Vámonos!
Sara. Clara! no me aparto de aqui!

ESCENA V.

DICHOS. EL GRAN SHERIF. TROMPETAS. CONSTABLES. SOLDADOS, PUEBLO.

(*Abrense las puertas del foro: aparece el Sherif con su comitiva.*)

Sara. (*Aparte.*) Dios mio! dame valor!
El Sherif. (*Se adelanta y lee.*) «En nombre de S. M. Carlos II, rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, hacemos saber: que el parlamento imperial, en confor-

midad con las leyes del reino, condena á Jorge Butler convicto del crimen de atentado contra la persona del rey y la seguridad del estado, á la pena de los traidores.» (*Sara y Clara se abrazan llorando.*) «En consecuencia, Jorge Butler será conducido al suplicio, donde sufrirá la pena: sus bienes serán confiscados, su casa demolida, y su familia proscripta para siempre de los tres reinos.» (*En este momento, el secreto que oculta el estante de la biblioteca se entreabre: Jorge se deja ver, y al aspecto de la comitiva, vuelve á cerrarlo rápidamente. Pero su madre que le ha visto, dá un grito, y cae en brazos de Clara.*)

Clara. Cielos!... (*Nicolson acude á socorrerla.*)

El Sherif. (*La mira, atribuyéndolo á la impresion que debe causarla la lectura.*) Perdonad, señora que cumpla este penoso deber. (*Lee.*) «Esta sentencia será ejecutada dentro de las veinte y cuatro horas de su fallo.» He cumplido: retirémonos.

ESCENA VI.

DICHOS. UN CÓNSTABLE.

Constable. (*Dándole un papel al Sherif.*) De parte del gran canciller.

El Sherif. (*Leyendo.*) Qué veo!... el preso acaba de fugarse de la torre!

Clara. Cielos!... Jorge está libre!... oís, madre?... (*Sara no la contesta, sino poniendo el dedo en los labios.*)

El Sherif. Señores, hagamos pesquisas inmediatamente en busca del fugitivo. Capitan Burnett, poned centinelas en las avenidas de esta calle. (*Vase el capitan.*) Vosotros (*A los constables.*) registrad la casa. (*Dos constables se entran por diversos lados.*)

Sara. (*Aparte, mirándolos ir.*) Dios mio! si le descubrirán!

El Sherif. (*A otro oficial.*) Parece que se teme un movimiento en favor de Jorge Butler: id á ver á lord Dudley y decidle que me envie un refuerzo de tropas, con las cuales cercareis el barrio de la universidad. Id pronto! (*Vase el oficial: los constables vuelven á salir.*)

Constable. Nada hemos visto.

El Sherif. Nada?

Otro constable. Nada.

Sara. (*Aparte.*) Oh! Dios mio!

El Sherif. Seguidme, señores. (*Deteniéndose.*) Y los que estan presentes tengan entendido que la persona que oculta un reo de lesa magestad, incurre en la misma pena que él. Vamos. (*Se va seguido de su comitiva. Sara los mira con ánsia marchar, y asi que desaparecen, corre al foro, cierra la puerta, y vuelve apresurada.*)

Sara. Se ha salvado!

Clara. Quién?

Sara. Quién ha de ser?... mi hijo!... Allí está. (*Señala el sitio. Sorpresa de todos: Clara va á dar un grito: Sara la pone la mano en los labios.*) Silencio!... Silencio, por Dios... que sino es perdido! Clara, entra en mi cuarto, ponte un velo, sigue al Sherif... y observa sus pasos. Primo, observa á los soldados, y á la menor novedad ven á avisarme. Tú, Dickson, entra en la barca que está amarrada al pie de la escalera que da sobre el Támesis, y esta noche le llevarás á bordo de uno de los bergantines holandeses que deben hacerse á la vela.

Clara. Esta noche!

Sara. O ahora mismo, si pudiera ser!

Clara. Ah! pues entonces no me voy sin verle.

Sara. Para que le sorprendan aqui, y le lleven al cadalso?

Clara. Verle un instante!... darle el último adios!...

Sara. Salvarle... salvarle es lo primero!... Vé, Clara... id, amigos... la suerte de Jorge está en vuestras manos! (*Los empuja fuera. Dickson se vá por la izquierda.*)

ESCENA VII.

SARA. JORGE.

(*Abrese el secreto de la biblioteca, y aparece Jorge.*)

Jorge. Madre!

Sara. Hijo mio!

Jorge. Ya estoy libre!... No sabeis cómo?... Un hombre entró en mi calabozo y me dijo: sígueme! Las puertas se abrieron misteriosamente para darme paso... y de repente dí un grito, un grito de júbilo!... porque ví sobre mi cabeza la bóveda del Cielo, el Támesis á mis pies... y delante la libertad!

Sara. Y ese hombre?

Jorge. Desapareció.

Sara. Pues bien, yo acabaré la obra; todo lo he dispuesto ya para tu fuga.

Jorge. Qué decís?... fugarme?... dejar á Londres?... No, madre, no!

Sara. Qué estás diciendo?

Jorge. Un mes hace que me descubrísteis un secreto terrible!

Sara. Cielos!

Jorge. Y desde entonces un pensamiento solo, esclusivo, ha dominado en mi alma; me ha seguido á la presencia de mis jueces; se ha nutrido en la soledad de los calabozos! Ese pensamiento es el que me trae aqui, y el que me manda no salir de Londres; y ese pensamiento, madre mia, es la esperanza de vengar á mi padre!

Sara. Jorge!... Jorge!... Deja la venganza en manos de Dios! Yo te lo ruego; no desoigas mis súplicas!... Te has salvado por un milagro!... No sacrifiques una vida que amo mas que la mia.—Y si resistes á mis lágrimas, resistirás á las de Clara, que te manda conservar la vida?

Jorge. Clara!... No: ya no existe para mí!

Sara. Y tu alma noble se degradará yendo á cruzar tu espada con la de ese miserable cubierto de crímenes?

Jorge. Qué me importa? Yo no soy mas que el ministro de las iras de Dios, y no veo en Cristian sino el asesino de mi padre!

Sara. Pero no ves, infeliz, que si permaneces aqui mas tiempo, espones tu vida, sin lograr tu venganza? (*El secreto de la biblioteca se abre, y aparece por él Cristian azorado.*)

ESCENA VIII.

SARA. JORGE. CRISTIAN.

Cristian. Asilo! asilo!
Sara. Cristian!
Jorge. (*Tomando de la mano á su madre y poniéndose delante de ella.*) Ah!
Cristian. (*Viéndole.*) Eres tú?... Oh, fortuna!... Jorge Wilson!... ya me he salvado!
Jorge. Qué buscais aquí?
Cristian. Un amparo. Recorria yo la ciudad animando á mis amigos, cuando dos hombres que pasaron junto á mí me conocieron y pronunciaron en alta voz mi nombre. Veo entonces reunirse gente alrededor mio, y no tuve mas recurso que huir para librarme de la ira del pueblo. Cansado y sin alientos iba ya á caer en manos de mis perseguidores, cuando al entrar en esta calle me acordé de repente de la entrada secreta que Harper me habia indicado: entré por ella... y gracias á la suerte, te encuentro y estoy en salvo.
Jorge. Si en la ciudad se alzó contra tí un grito de indignacion, aqui se alza un grito de venganza y de muerte!
Cristian. Qué quieres decir?
Jorge. Sabes dónde estás?
Cristian. Qué significa?...
Jorge. Sabes quién es esta muger?
Cristian. No.
Jorge. Es la viuda de Guillermo Butler!... Y yo, no adivinas quién soy?
Cristian. Acaba...
Sara. (*Poniéndose en medio.*) El hijo de Guillermo Butler. Mírame!... me conoces ahora?
Cristian. (*Retrocediendo.*) Sara!... sí, ella es! (*Queriendo huir.*) Dejadme... dejadme!
Jorge. No has de salir de aquí, mónstruo, porque necesito tu sangre!
Sara. Jorge... hijo mio!
Cristian. Este es un lazo, una traicion!...

Jorge. Qué hablas de traicion? tú, que hace quince años entrastes dos veces en mi casa, la primera para insultar á mi madre, y la segunda para asesinar á mi padre?

Sara. Qué hablas de traicion? tú, que arrastras á mi hijo á la mas infame de todas, haciéndole traidor contra su rey y su patria?

Jorge. Esa es la sentencia de tu muerte!—Sígueme, Cristian.

Sara. (*Queriendo detenerle.*) No, Jorge, no!

Cristian. No me sigas... déjame!

Jorge. (*Sacando la espada y levantándola sobre Cristian.*) Saca esa espada, cobarde! (*Abre la salida secreta.*)

Cristian. Pues lo quieres, vamos.

Sara. Hijo mio!... hijo mio! (*Los dos se lanzan por la salida secreta, y Jorge la cierra antes que Sara pueda impedirlo.*)

ESCENA IX.

SARA. *Luego* CLARA. NICOLSON. DICKSON.

Sara. (*Llamando con desesperacion á la puerta.*) Jorge!... hijo mio!... Oh, desesperacion!... Sálvale, Dios mio, sálvale!

Clara. Madre, qué teneis?

Sara. Jorge!... Cristian!... los dos se están batiendo!

Nicolson. Pronto! que se escape!... Ya vuelve el sherif!

Sara. El sherif!

Dickson. (*Saliendo por la izquierda.*) Señora, la barca está pronta.

Sara. Ah! ya es tarde!

ESCENA X.

DICHOS. EL SHERIF *con su comitiva. Luego* JORGE.

El sherif. Señores, el reo que se ha escapado dé la torre está aquí, y Cristian con él: á los dos se les ha visto entrar. Registradlo todo.

Jorge (*Saliendo.*) Es inútil: aqui teneis á Jorge Butler.

(*Arrojando la espada á los pies de su madre.*) Madre mia... mi padre está vengado.

El serif. Aseguradle.

Sara. Ah ! perdon, perdon !

ESCENA XI.

DICHOS. DUDLEY.

Dudley. (*Por la puerta secreta, con un pergamino.*) Deteneos ! Por este decreto real se indultaba la vida al que entregase, vivo ó muerto, al gefe de los rebeldes, al capitan Cristian.—Jorge Butler está libre. (*Señalando al sherif la puerta secreta.*) Mirad! dando la muerte al asesino de su padre, ha hecho caer bajo su espada á ese feroz enemigo del trono y de la patria.

El sherif. Cúmplase la voluntad del rey.

Jorge. Ah! milord!... (*A Sara.*) Adios madre mia!... ya puedo salir sin vergüenza de Inglaterra.

Sara. Tu madre irá contigo.

Dudley. (*Acercándose tristemente á Clara.*) Milady, me ofrecísteis vuestra mano, si salvaba á Jorge...

Clara. Milord... tomadla!

Dudley. Ah! sí!... para entregársela á Jorge. (*Haciendola pasar á sus brazos.*)

Jorge. A mí?... Cielos!—Por tanta generosidad, milord, tomad mi vida.

Dudley. No: vuestra amistad... (*Dándole la mano.*) y estoy pagado.

FIN DEL DRAMA.

QUINCE AÑOS DESPUES,

ó

EL CAMPO Y LA CORTE,

DRAMA EN TRES ACTOS,

PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de 350 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.